



La Cordillera de los Andes: Ruta de Encuentros

Museo Chileno de Arte Precolombino

SANTIAGO - CHILE

INDICE

Carta del Banco O'Higgins _____	5
Espacio de Contactos Surandinos _____	6
Presentación _____	7
Tiempo y cultura en los Andes del sur _____	8
Cruzando la Cordillera por el norte: Señorios, caravanas y alianzas _____	9
Pasos cordilleranos y contactos entre los pueblos del Norte Chico de Chile y el Noroeste Argentino _____	23
Dos puntas tiene el camino: Antiguas relaciones trasandinas en el Centro de Chile y Argentina _____	39
Selección La Cordillera de los Andes: Ruta de encuentros _____	49



Museo Chileno
de Arte Precolombino

Esta obra
fue realizada con el auspicio
del Banco O'Higgins



BANCO O'HIGGINS

Museo Chileno
de Arte Precolombino

BOTELLA CERAMICA, FIGURA FEMENINA RAMPANTE

(Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige S.J. 8496)

BOTELLA CERAMICA, FIGURA FEMENINA SENTADA

(Museo Chileno de Arte Precolombino 2339)

Condorhuasi 200 a.C. - 600 d.C.

Alto figura mayor: 227 mm.



La Cordillera de los Andes: Ruta de Encuentros

SANTIAGO - CHILE



BANCO O'HIGGINS

El Banco O'Higgins ha desarrollado una nueva activa política cultural destinada a rescatar, difundir y apoyar las más importantes manifestaciones del arte y la cultura nacional.

Es así como nuestra institución ha auspiciado, de preferencia, las actividades que con singular éxito realiza el Museo Chileno de Arte Precolombino y la Corporación Cultural de Santiago, a través del Teatro Municipal en las temporadas de Opera y Ballet.

El libro que hoy presentamos "La Cordillera de los Andes: Ruta de Encuentros" constituye un nuevo apoyo a las acciones que realiza el Museo Chileno de Arte Precolombino y que han recibido merecidos elogios tanto en nuestro país como en el exterior.

"La Cordillera de los Andes: Ruta de Encuentros" es la decimotercera edición conjunta con la mencionada entidad cultural. Con anterioridad el Banco O'Higgins ha realizado las siguientes publicaciones: "Museo Chileno de Arte Precolombino" (1982); "Platería Araucana" (1983); "Tesoros de San Pedro de Atacama" (1984); "Arica, Diez Mil Años" (1985); "Diaguitas, Pueblos del Norte Verde" (1986); "Hombres del Sur" (1987); "Obras Maestras" (1988); "Arte Mayor de Los Andes" (1989); "Artífices del Barro" (1990); "Los Orfebres Olvidados de América" (1991); "Colores de América" (1992); "Identidad y prestigio en los Andes: Gorros, Turbantes y Diademas" (1993).

Todas las publicaciones señaladas han versado sobre temas inéditos y de gran interés cultural. Asimismo las ediciones se han realizado en idiomas castellano e inglés, debido al alto interés en el extranjero por estas obras.

Creemos con ello estar sirviendo a los más altos intereses culturales de nuestro país y estamos ciertos que esta nueva edición permitirá enriquecer una vez más nuestro acervo y patrimonio cultural.

Fernando Cañas Berkowitz
Gerente General

Andrés Lukšic Craig
Presidente

Santiago, Noviembre de 1994

PRESENTACION

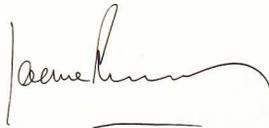
Con el tradicional apoyo del Banco O'Higgins, presentamos esta publicación que hemos denominado "La Cordillera de los Andes: Ruta de Encuentros". En ella queremos enfatizar uno de los objetivos fundacionales de nuestra institución, que fuera establecido en el discurso inaugural. En él se enfatizó que los recientes límites políticos que dividen a los actuales países americanos, no separaban a los pueblos precolombinos, que antiguamente sostenían toda clase de relaciones, hecho que debería servir de modelo para que un auténtico sentido panamericano imperara entre nuestros pueblos.

En esta publicación se recoge esta idea respecto de Chile y Argentina, actualmente separados por la Cordillera de los Andes, límite que siempre hemos percibido como una barrera inexpugnable. En sendos artículos de los investigadores Lautaro Núñez, Hans Niemeyer y Fernanda Falabella, se demuestra la interacción que se llevó a cabo a través de la Cordillera, que sirvió como una verdadera ruta de encuentro entre los pueblos que habitaban allende y aqueunde los Andes, a todo lo largo de nuestros países.

Agradecemos la colaboración del Banco O'Higgins, que permite ilustrar otro aspecto de nuestro poco conocido pasado precolombino.



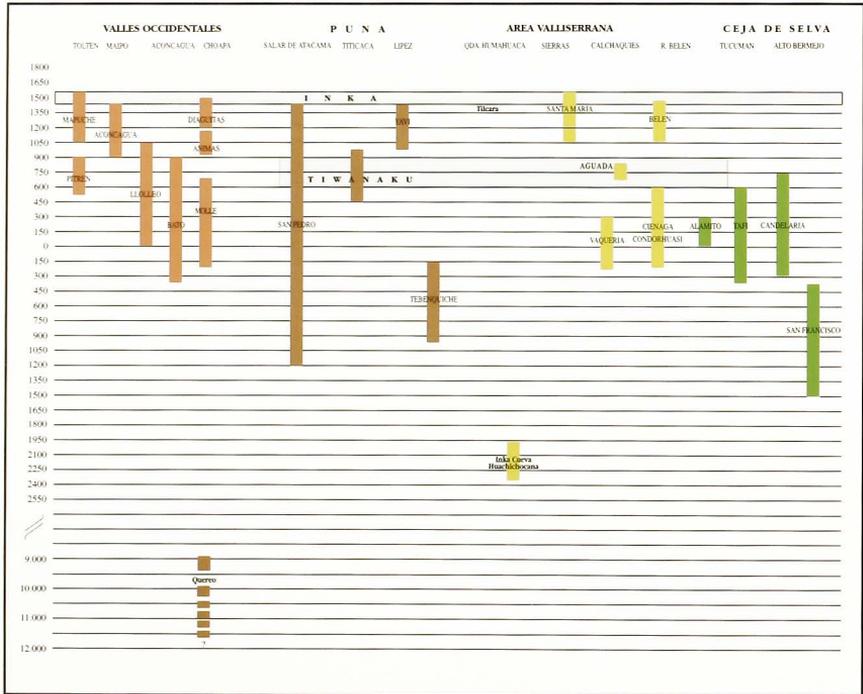
Sergio Larrain García-Moreno
Presidente
Fund. Familia Larrain Echenique



Jaime Ravinet De la Fuente
Alcalde
I. Municipalidad de Santiago

Santiago, Noviembre de 1994

TIEMPO Y CULTURA EN LOS ANDES DEL SUR



Lautaro Núñez A.

**CRUZANDO LA CORDILLERA POR EL NORTE:
SEÑORIOS, CARAVANAS Y ALIANZAS**

"Hay otros indios que confinan con los indios de guerra de Omaguaca y Casavindos y tienen trato y comercio con estos lipes, los cuales están neutrales, que no son ni de paz ni la guerra y entran en Potosí con nombre de indios lipes y atacamas con ganados y otras cosas de venta y rescate".

Lozano Machuca 1880 (1581:XXIV).

Desde el cielo, la puna más árida de los Andes se advierte como una gran meseta despoblada y yerma, en donde descuellan los altos conos volcánicos siempre blanqueados por la nieve, en soledad total. Desde la alta puna descendiendo por la vertiente occidental una pendiente café de 300 km. extendida hasta el Pacífico, donde se localizan los ríos Loa y Copiapó y no más de una veintena de manchas verdes: los oasis prepuñenos, verdaderos jardines perdidos en el desierto de la puna de Atacama, donde fructificó la vida desde el X milenio a.C. En estos oasis del Loa, el Salar de Atacama, Tebenquiche, Yavi y otros puntos en la circumpuna meridional -a ambos lados de la Cordillera- la agricultura coexiste con la crianza ganadera, en enclaves separados por despoblados estériles incommensurables. Aquí y allá, grandes cuencas cerradas albergan lagunas y salares que acogen minúsculos asentamientos "bisagras" en la alta puna: Laguna Blanca, Antofagasta de la Sierra, Salinas Grandes, entre otros. Todas estas islas verdes constituyeron la mayor población circumpuneña concentrada en un ambiente hiperárido, independiente de la ecología propiamente altiplánica.

A diferencia de los valles occidentales tарауеқenos, ninguno de estos oasis prepuñenos se encuentra a más de 350 km. en línea recta de los ambientes de ceja de selva. Así, las evidentes influencias de las tierras bajas orientales -del Chaco y aun del borde del Amazonas- en las culturas precolombinas del actual noroeste Argentino repercutieron en esta vertiente occidental, llegando incluso sus ecos a los valles del Norte Chico. En efecto, los recursos orientales, sumados a los vallenses, puneños, los de los oasis occidentales y del Pacífico, fueron articulados entre sí a través de circuitos trashumánticos y caravaneros que complementaron sus excedentes desde las tierras circumpuneñas a los valles bajos y cálidos hacia el Pacífico, por un lado, y hacia las tierras bajas orientales, por el otro. La ausencia de atributos culturales del Noroeste Argentino al norte del

río Loa viene a confirmar que la interacción trasandina fue especialmente importante entre las poblaciones agropastoriles localizadas entre los ríos Loa y Copiapó.

En verdad, durante los 3.000 años de vida aldeana ocurrieron diversas conexiones entre ambos nortes. Desde y hacia los oasis atacameños transitaban los pueblos Lipez y Chichas del altiplano meridional, los pueblos de la puna de Yavi, Calahoyo y Quebrada de Humahuaca. Por el valle del río Tarija se accedía a las *yingas* o tierras cálidas del altiplano, mientras que más al sur se accedía al valle de Lerma, Salta, y de allí al territorio Calchaquí. Los contactos más meridionales alcanzaron los valles serranos y ceja de selva de los territorios de Tucumán y Hualfin, en el valle del río Belén. El litoral pacífico, por su parte, estuvo intensamente interconectado por los pueblos de la Tradición Atacameña desde la boca del Loa a Taltal, incluyendo una importante conexión con las cabeceras del río Copiapó. En consecuencia, al recorrerse esta comarca más de cerca, la gran cordillera limitrofe de hoy se revela abierta con abras y sendas naturales, cubiertas de vestigios y refugios, que hacen de este soberbio montañoso tan sólo una puerta elevada que en el pasado unió a ambas vertientes cordilleranas.

En efecto, desde el X al VI milenio a.C. existían bandas de cazadores y recolectores arcaicos pre-aldeanos, de los periodos Tuina y Tambillo, que percibían este espacio como uno solo, aprovechando los recursos salvajes dispuestos entre el Pacífico, la puna atacameña, los valles intermedios y la ceja de selva. Vivían en refugios rocosos en el río Loa, serranías de Tuina (Loa Medio), oasis y quebradas atacameñas y en las playas antiguas de los lagos de la alta puna. En general, estos sitios presentan varios rasgos culturales y económicos comunes con sus congéneres de Inca Cueva, Huachichocana y Yavi de la puna de Jujuy (X milenio a.C.). Cazaban camélidos, roedores, aves y vivían en campamentos semipermanentes, sobre los 2.300 metros de altura, trasladándose estacionalmente a lo largo del año entre varias zonas ecológicas provistas de agua potable, avifauna, frutos silvestres, raíces comestibles, fibras y materias primas (roca, maderas, sal, pinturas, etc.). Su industria más común la constituían las puntas de proyectiles y cuchillos triangulares, y los morteros de hueco cónico para la molienda de alimentos¹.

¹ Aschero 1983, Fernández Distel 1974

Al final de la larga historia arcaica, aquende y allende los Andes (VI al II milenio a.C.), los pueblos circumpuneños transitaron localmente a un estilo de vida más complejo, a través de un reajuste en sus hábitos de subsistencia, intensificando la colecta vegetal y el inicio de prácticas hortícolas, paralelamente al desarrollo de sistemas de manejo y crianza inicial de llamas, tanto en el río Loa Medio como en la quebrada de Puripica, al norte de San Pedro de Atacama. Se está en presencia esta vez de cazadores-pastores-horticultores, tanto en la vertiente occidental, como en la Puna de Jujuy, que vivían en campamentos semi-sedentarios con recintos circulares aglomerados y en cuevas de uso transitorio aún por el II milenio a.C. Presentan logros propios de esta época: petroglifos con representaciones de llamas, bodegas con dinteles, recintos aglomerados y mayor confección de bienes de estatus, tales como collares hechos con cuentas de conchas del Pacífico y de minerales de cobre. En efecto, en Inca Cueva se han identificado contextos culturales sorprendentes, incluyendo pipas fumatorias óseas, bolsas, redes, cestería, calabazas, algarrobo y *cebil*, un alucinógeno que desde esta época incentivará los rituales fumatorios e inhalatorios que caracterizan a estos pueblos y que parecen haber jugado un activo rol en el desarrollo de redes de interacción y rutas de caravanas entre todos estos espacios surandinos. Este polvo alucinógeno se obtenía de los frutos en vaina del arbusto del mismo nombre (*Anadenanthera colubrina*) que tiene su habitat natural en la ceja de selva oriental, entre Cochabamba y Tucumán.

El activo tráfico del *cebil* desde la ceja de selva hasta el Pacífico se asocia a ritos de inhalación por tubos o aspiración a través de pipas, prácticas que permitan un acercamiento directo y real al panteón de divinidades representados en la iconografía y en las prácticas chamánicas, así como en los ritos auspiciarios. Por ello, podría llamarse a estas sendas caravanas las "rutas de los dioses"².

En los mismos lugares donde estos pueblos arcaicos habían instalado sus campamentos semi-sedentarios (2700-1500 a.C.), apoyados por la caza y crianza de llamas, ahora surgen otros asentamientos más complejos, con evidencias de cambios civilizatorios (e.g., cerámica, metalurgia, maíz, etc.) que en un relativo corto tiempo modificaron los estilos de vida locales (1500-900 años a.C.). A partir de la combi-

nación de estos elementos -algunos propios del período Arcaico y otros más bien típicos del Formativo- se irá constituyendo el origen de la Tradición Atacameña (San Pedro), continuándose los contactos con los pueblos trasandinos a través de activos movimientos de gentes y recursos.

La transmisión de ideas y la ejecución de alianzas junto a los recursos movidos, ponía en comunicación distintas regiones ambientales y étnicas³. Del Pacífico los atacameños traficaban al interior algas secas, conchas y figurillas, pescados y mariscos secos, cobre nativo procesado, sal, guano, pieles de ave, cuero de lobo, etc. Se sumaban en los oasis del Loa y Salar de Atacama: algarrobo, chañar, maíz, sal, cobre, oro, piedras semipreciosas, tinturas, madera, obsidiana, etc. Desde los valles serranos trasandinos y de la ceja de selva se traficaban hacia los pueblos circumpuneños: *cbontia* (caña elástica), maderas, alucinógenos (*cebil*), conchas de agua dulce, plumas y aves tropicales, pieles de cocodrilo, plantas medicinales, estaño, bronce, tabaco y *coro* (sustancias psicotrópicas), etc. Del altiplano meridional y las *yungas* provenían el *charqui*, pieles "sobadas", llamas en pie, monos, pieles exóticas, *papachuiño*, *quina*, plata, sal, *coipa* (detergente), yerbas naturales, *coca*, y otros productos resenados para la ceja de selva. Algunos fueron especialmente valiosos, dada la trama ideológica en que se hallaban insertos, como es el caso del *cebil*. Su territorio cubre desde Santiago del Estero a Bolivia por el bosque tropical y cálido, entre los 2.500 a 500 m.s.n.m. Desde Catamarca salían caravanas con semillas de *cebil* hacia los valles del centro y oeste de Catamarca y La Rioja, para ascender a la altiplanicie puneña y de allí a los oasis atacameños y copiapiños por las rutas del *cebil* o "rutas de los dioses".

Las conchas de grandes caracoles (*Strophocbeilus oblongus*) provenían también de la selva y eran usadas en los oasis atacameños como recipientes rituales para pinturas y alucinógenos. Precisamente ya en contextos funerarios Tiwanaku se han detectado tierras de colores: rojo, morado, ocre, negro, usualmente en enterratorios de mujeres⁴. Estos pigmentos pudieron ser locales y foráneos, y se usaron en aplicaciones corporales, arte simbólico y tinturas para los textiles, conociéndose hasta ahora un centro productivo en el río Loa Medio⁵; sin embargo, sabemos que al menos la tintura púrpura, una *grana* usada en

² Nuñez y Dillehay 1979

³ Costa y Llagostera 1994

⁴ Llano Zapata 1904 (1759)

⁵ Fernández Distel 1980, Torres et al. 1991, Pérez y Gondillo 1993

los oasis atacameños, era extraída de la *cochimilla*, cactácea de la región de Santiago del Estero en la ceja de selva oriental⁶.

Por otra parte, según relatan los cronistas, el traslado de madera desde los algarrobales y chañares hacia el altiplano fue relevante. Se acepta que entre los aldeanos de Atacama fue muy común por los 400 a 900 años d.C., el uso de azuelas y cinceles de cobre vinculados con la preparación de maderas, además de la hechura de piezas más formatizadas como lo fueron las tabletas de inhalación de alucinógenos, mangos de herramientas, vasos ritualísticos, cencerros de caravanas, etc. Debe sumarse aún el tráfico de sal en largos circuitos como aquel entre Pampa Aullaga y el oriente de Bolivia, incluyendo su traslado en la puna de Jujuy, o por las cercanías de Salta, y aún en largos desplazamientos por el Valle de Copiapó⁷.



También fueron traficados bienes manufacturados, entre estos cerámicas y textiles. Se sabe que algunos de los tiestos registrados fuera del espacio étnico que su estilo formal denota, se confeccionaron lejos de su comarca original, como es el caso de las vasijas cerámicas negras bruniadas -clásicas de Atacama- registrados en Tarapacá y Calahoyo⁸. Sin embargo, a partir de sus talleres en las cabeceras de los Señorios, los pueblos de "olleros" -señalados en las fuentes etnohistóricas- también distribuían tiestos hechos a otros lugares, constituyendo rasgos intrusivos a lo largo del trueque itinerante. Debe reconocerse que el tráfico caravanero de alfarería fue común en los Andes Centro-Sur, en especial durante las estaciones no productivas, cuando -en el decir del cronista Diez de San Miguel- "quedan holgadas todo el año con sus gruperos de ganado y lana y rescates de pescado y sal y ollas..."⁹. Por otro lado, cuando la producción agrícola era baja, el intercambio de estos bienes manufacturados les daba acceso a productos alimentarios. El tráfico de arcilla alfarera hacia el desierto del Tamarugal en el siglo XVIII y el caravanero de los Machas por el este del Poopó con

arcillas y tiestos encargados, son señales etnográficas inequívocas del tráfico selectivo de alfarería¹⁰.

Los textiles con iconos prestigiosos se han constatado ya durante el período Formativo, procedentes de lugares culturales distantes, como los altiplánicos, orientados a los valles del Pacífico, a través del traslado de piezas finas, puesto que al margen del escaso peso, reflejaban valores de identidad y proselitismo. Su donativo y la lectura simbólica, además de la delicadeza de su factura facilitaba las conexiones armónicas interétnicas, privilegiándose desde la distancia los arreglos y alianzas entre comunidades insertas en redes de tráfico de complementariedad¹¹.

En suma, si no se conocen más ejemplos de restos de alimentos y materias primas exóticas, así como de manufacturas foráneas entre los vestigios arqueotécnicos, no es porque hallan sido más comunes como ofrendas funerarias sino, simplemente, porque este tipo de estudios es aún deficitario. Objetos como estos dan cuenta de su origen transandino a través de elementos emblemáticos propios de diferentes cabeceras étnicas. En términos generales éstos se han registrado en Atacama en distintos patrones funerarios: a) en tumbas aisladas e individuales sin relación a los cementerios de la población local, b) en tumbas colectivas unicomponentes sin relación a cementerios locales, c) en registros aislados asociados a poblaciones locales y d) en sectores más amplios asociados a enterramientos foráneos en un cementerio correspondiente a la población local. Es claro que cada una de estas situaciones debió significar diversos modos de interacción entre la comunidad local y los arribos y salidas de caravanas desde o hacia otras comarcas étnicas transandinas. Así, el acceso de bienes exóticos fue común en el área, porque los circuitos giratorios caravaneros podían intercambiar y colonizar, pasar y radicar a la vez, de acuerdo a la diversidad socio-política receptora y al nivel de las alianzas interétnicas deseadas y logradas.

Como las caravanas aún suelen incorporar excepcionalmente mujeres, uno de los aspectos menos conocidos del caravanero etnográfico y arqueológico, entre el altiplano-puna y los valles cálidos del oriente y occidente, es la legitimización de las conexiones a través de la instauración de lazos de parentesco no consanguíneo o político

⁶ Philipp 1860

⁷ Bilbao 1966 (1558)

⁸ Fernández 1978

⁹ Diez de San Miguel 1964 (1567)

¹⁰ Platt 1976

¹¹ Murra 1975

que le permitía al grupo caravanero dejar hijas o parientes jóvenes en las familias receptoras, los que después de varios años de formación y arraigamiento en la cultura local, volverían o no a sus cabeceras (e.g., conexión altiplánica Llica-Pica). Esta presencia de mujeres se ha observado en las caravanas provenientes de Quetena y Golcha (Sur Bolivia), las que bajaban a San Pedro de Atacama hasta por el año 1960, dedicadas a tejer por encargos. Se asume que en el pasado precolombino el establecimiento de pactos más duraderos pudo acentuarse a través de alianzas matrimoniales con mujeres de otras etnias, incorporándose a la familia extensa patrilocal en determinados linajes de alguna aldea-ayllu de la comarca atacameña u otra trasandina. Tal situación explicaría el arribo de mujeres y sus objetos foráneos que pudieron transformarse en registro arqueológico independientemente de otros rituales más ortodoxos (e.g., regalos y trueques interétnicos).

La producción y circulación de estos bienes desde el período Formativo Antiguo debió implicar la emergencia de autoridades de prestigio uni y multiétnico con suficiente desenvolvimiento en el manejo de las relaciones más allá de sus fronteras. La aldea-ceremonial Tulán-54 se observa recubierta de un extenso montículo de desperdicios y fogones sucesivos. Allí se advierte que desde los 1000-1200 años a.C. existía una propuesta arquitectónica sumamente compleja: muro perimetral ovaloidal con más de siete recintos radiales adosados, hodegas encistadas, ofrendas de párvulos en fosos, dinteles con petroglifos y enterramientos de neonatos con iconos de oro datados por los 700 a.C.¹². Los líderes que condujeron esta propuesta aldeana permanente perfeccionaron un modelo maduro agropastoril de ancestro arcaico (Tulán-52), con suficiente autoridad señorial embrionaria constituyendo el período Tilocalar (1500-400 años a.C.), oportunidad en que usaron pipas tubulares de cerámica en conexión evidente con las tierras del *cebil* trasandino. Aquí ya es posible distinguir la emergencia de jerarquías sociales en los oasis pipuñeños, a partir de un lugar que integra y organiza nuevos patrones laborales e ideológicos, asumiendo a modo de jefaturas hereditarias los roles sociales y teocráticos con representaciones de símbolos y estatus de prestigio regional (e.g., icono laminado de oro de cabeza radiada localizado en tumbas tempranas de Tulán-54 y Guatacondo).

Los pueblos del período Tilocalar vivían en reducidas quebradas de Tulán (Tulán-54), Calar (San Pedro de Atacama) y el río Loa Medio (Chiuchiu-200), incluyendo las vegas del Gran Salar en Tilocalar (Tulán-85), con una ocupación inicial datada por los 1200-900 años a.C. Podrían ser segmentos de esta fase los abrigos rocosos trasandinos como Inca Cueva Alero 1 y 3 y Cueva Cristóbal con cerámica similar y dataciones que van desde los 950 a 910 años a.C.

Se trata de pueblos sincrónicos con los eventos formativos de la región circuntitakaka y el registro arqueológico revela que ya se habían establecido por entonces vínculos trasandinos. Evidencia de ello es el uso compartido de cerámica gris-negra gruesa pulida y alisada y tiestos corrugados intrusivos, que en el caso de Tulán-54 se han datado directamente por los 1080 años a.C. Aunque su alta frecuencia no ha sido datada en los oasis de San Pedro (e.g., Poconche), todo conduce al establecimiento de interconexiones con los pueblos San Francisco, localizados en la ceja de selva trasandina, en donde por ahora se conocen tres dataciones correlacionadas: 1510, 620 y 415 años a.C.¹³. No obstante, debe tenerse en cuenta que la producción de cerámica corrugada parece haber continuado hasta tiempos más recientes.

Cuando los pueblos del período Tilocalar se asentaban en puntos aislados, desde Wankarani hasta Tulán (altiplano meridional y circumpuna), las ocupaciones de la ceja de selva desde Cochabamba a Tucumán contactaron transitoriamente con sus avanzadas caravanas. Allí, en los bosques del *cebil*, vivían desde muy temprano los pueblos San Francisco, apegados a los recursos orientales con miras a especializar y traficar sus excedentes exóticos. Estos se autorreconocieron en la cerámica corrugada-imbriada, cordelada, digitada y grabada, al tanto que otros pueblos que habrían llegado de más al norte, con la cerámica policroma Vaquería, se incorporaron a este medio quedando también sus vestigios en los oasis atacameños a raíz del tráfico del *cebil*. Se piensa que los pueblos San Francisco extendieron hacia otras regiones el cultivo maicero, el manejo de tinturas, sus plumas vistosas y los adornos faciales o *tembetas*, también identificados en los oasis de Atacama.

De acuerdo al patrón arquitectónico y la similitud monticulada de los ejes de Wankarani (altiplano meridio-

¹² Núñez ms

¹³ Dougherty 1972, Fernández Distel 1989

Museo Chileno de Arte Precolombino

nal) y Tulán-54 (puna de Atacama) se asegura que desde los 1200 años a.C. ya hay focos aldeanos maduros insertos en rutas de complementariedad, generándose a nivel circumpuneño un temprano proceso de integración que implicará un poblamiento más extenso y giratorio. Se entiende que este proceso abarcará a pueblos derivados como aquellos representados por los contextos arqueológicos de Salvatierra (Valle Calchaquí), Las Cuevas (Quebrada del Toro), Montículo Chávez (Antofagasta de la Sierra), Montículo La Quiaca Vieja y Cerro Colorado y por supuesto las aldeas del transecto Tulán y Tulor¹⁴. Esta red de aldeas dan cuenta de la surgencia de un proceso sociocultural y económico propio del altiplano meridional y circumpuna, con suficiente autonomía e identidad cultural, no marginal en relación con los eventos circumtitikaka. Se trata más bien de un núcleo regional que sustentó en sí mismo una muy temprana emergencia de complejidad regional con antecedentes más locales que foráneos. Se estaría en presencia de la combinación de pueblos con influencias orientales, altiplánicas y circumpuneñas, conectados entre sí por el tráfico de tabaco, alucinógenos y otros bienes complejos. Las tierras altas circumpuneñas jugaron un rol de importancia en estas redes de tráfico, tal como evidencian "sitios-pasadizos" o fronterizos como Las Cuevas, asociado a pipas y cerámica corrugada datada por los 535 años a.C.¹⁵, o Calahoyo, en donde se aprecia la misma alfarería corrugada¹⁶. Al final del período Tilocalar, ya por los 400 años a.C. se distribuían también por ambos lados de la cordillera los tuestos derivados de carácter modelado, grises y negros pulidos gruesos y las innovaciones más finas, incluyendo los de San Francisco (grabado), Vaquerías y otros tuestos trasandinos modelados como Candelaria.

Las pipas grises y rojizas pulidas de cerámica de los períodos Tilocalar y Toconao son angulares con hornillo y dos apoyos (véase pág. 55), manteniéndose en uso hasta los 250 años d.C., cuando se establecen las primeras y escasas asociaciones con tabletas de alucinógenos que señalan el inicio de la práctica de inhalación de sustancias psicoactivas¹⁷. Las pipas tuvieron su clímax en la vertiente occidental alrededor de los 400 años a.C., obviamente antes del flujo Tiwanaku, caracterizando así los inicios de la Tradición Atacameña. Se acepta que las prácticas fumatorias caracterizaron a los pueblos de la ceja de selva, distribu-

yéndose por los territorios puneños y sus bordes, hacia el sur de las sierras sur andinas, entre los oasis atacameños y el Loa Superior. Los pueblos del área de Tucumán, por su parte - San Francisco, Condorhuasi, Vaquerías, Candelaria y Ciénaga - se involucraron con la explotación de tabaco, *cebil y coro*, pasando a controlar las "rutas de los dioses" hasta estas lejanas comarcas circumpuneñas, e interactuando con las poblaciones asentadas en ellas durante los períodos Tilocalar, Toconao y Sequitor de la secuencia cultural atacameña.

Las conexiones caravaneras en este tiempo, entre los oasis atacameños y los puntos de convergencia intermedios, actuaron en Tebenquinche y La Poma a modo de nodos-ejes del tráfico trasandino por donde circularon las pipas con patas y sus asociados¹⁸. La alta frecuencia de estas pipas en el pueblo Campo Colorado, similares a las intrusivas de Atacama, asociadas a cerámica roja pulida, y la presencia de cerámica negra pulida atacameña, hecha allí mismo, hace suponer que los caravaneros atacameños noctocaban con cierto arraigo en La Poma. Las similitudes de la cerámica gris gruesa pulida y los montículos de basuras sobre las estructuras localizadas en las aldeas Tulán-54 (1190-470 a.C.) y Campo Colorado (0-100 d.C.), podrían asegurar que los pueblos de quebrada Tulán y los oasis adyacentes mantenían un circuito giratorio activo con los oasis transcordilleranos de La Poma. Estos desplazamientos atacameños tempranos habrían ocurrido además hacia Estancia Grande y Tilcara en la quebrada de Humahuaca, a juzgar por la presencia de pipas y cerámica propia de Atacama¹⁹.

Por otro lado, en Tebenquinche, en análogas habitaciones circulares, el registro de pipas con patas delata una vez más el paso de los caravaneros de Atacama, quienes habrían dejado su típica cerámica negra pulida clásica y vasos cilíndricos rojos con asa lateral. Es claro que los ejes de Tebenquinche, Cachi y La Poma eran los centros cruciales del tráfico caravanero entre La Poma y las cabeceras de los valles y oasis de la puna, por la conexión Tulor-Tulán-Tebenquinche-Laguna Blanca, aldeas de la faldal de Aconquija y valles calchaquíes²⁰.

También las conexiones trasandinas se orientaron a las aldeas atacameñas, desde los centros ceremoniales de los pueblos Condorhuasi-Alamito²¹ (véase págs. 51, 59 y

¹⁴ Núñez 1994, Llagostera *et al.* 1984, Tarrago 1989

¹⁵ Raffino 1977

¹⁶ Fernández 1978

¹⁷ Berenguer *et al.* 1986

¹⁸ Núñez *et al.* 1975, Tarrago 1989

¹⁹ Krapovichas 1980, Rivolle y Albeck, comunicación personal

²⁰ Tarrago 1989

²¹ Tartusi y Núñez R. 1993

63) y de los caravaneros vinculados con el tráfico del *cebil*, gestándose vínculos entre sí: Tafi-San Francisco-Candelaria-Ciénaga, arribando sus bienes a los oasis atacameños. En efecto, el traslado de bienes de estatus transandinos guarda relación con el arribo de cerámica emblemática, propia de los rituales recurrentes en las aldeas-ceremoniales del patrón Tafi-Alamito, con modelados antropomorfos y zoomorfos, además de otros tuestos afines del patrón Candelaria, incluyendo los rojos grabados, probablemente como señales de la conexión entre los oasis atacameños y los bosques del *cebil*. Entre estos tuestos policromos emblemáticos se ha destacado la mujer gateando Condorhuasi (véase portada), probablemente arribada junto a los adornos labiales (*tembetás*) usados con cierta frecuencia en los oasis atacameños.

Los pueblos Candelaria también se vincularon con el tráfico de bienes de prestigio desde la ceja de selva, toda vez que algunos tuestos oromitomorfos con dos ápodos, típicamente miniaturizados para el caravaneó, han arribado a estas tierras con los últimos eventos del período Tilocalar y sus derivaciones tardías. Hasta ahora lo más frecuente son los tuestos rojos grabados de los períodos Quito y Coyo, presentes en los oasis atacameños y por supuesto muy recurrentes en Candelaria, La Aguada, quebrada La Poma, Tolombón y Pampa Grande/Salta²².

Desde Hualfín (valles serranos transandinos) alcanzaron al oasis de Toconao unos tuestos miniatura Ciénaga gris inciso, asociados a cerámica local Negro Pulido Clásico, incluida en el período Sequitor (100-400 d.C.). A su vez en Laguna Blanca se localizó otra cerámica Ciénaga también con un tiesto negro pulido clásico de Atacama durante el inicio del período Quito²³. Debe integrarse además, el flujo entre los pueblos Atacamas, Ciénaga y Molle, por el pasaje de interacción de la cabecera del valle de Copiapó, quedando restos cerámicos Molle en los oasis atacameños y tuestos negros pulidos atacameños en el cementerio El Torin, alto Copiapó²⁴.

Durante los períodos Quito (400-600 años d.C.) y Coyo (600-1000 años d.C.) la interacción giratoria tuvo su mejor expresión regional con una orientación desde y hacia el oasis atacameño en conexión con el estado Tiwanaku. En esta época se articularon enclaves desde el litoral a varias

aldeas transandinas, entre diversas etnias limítrofes, dentro de un proceso de integración esta vez macro regional que se identifica con el climax de la Tradición Atacameña, enraizada en un antiguo proceso intra-circumpuneño, conectado ahora al arribo de las primeras caravanas altiplánicas Tiwanaku.



Probablemente las cabeceras de estas movilizaciones se localizaban en los oasis de Solor y Quito en donde se habrían radicados los centros residenciales más densos. Luego, a juzgar por la disolución de los tuestos negros clásicos y el desarrollo de la cerámica "casi pulida", un nuevo centro se habría desarrollado en el oasis de Coyo oriental. Es decir, se asume que el núcleo del poder sociopolítico local variaba de un *ayllu* a otros a través de la secuencia, interdigitando en estas aldeas el arribo de gentes, recursos e ideologías foráneas.

Se ha identificado entre los 400 a 900 años d.C. una mayor capacidad de acceso atacameño hacia recursos transandinos, a raíz del registro de cerámica negra pulida clásica en distintos enclaves vecinos. Se cree que en algunos casos fueron confeccionadas en Calahoyo; continúa su presencia en Casira (Santa Catalina/Jujuy), La Paya de Cachi y del valle de La Poma, además de otros asentamientos del territorio Calchaquí. Se extiende más cercanamente por los oasis del Salar de Antofalla, Tebenque y Laguna Blanca²⁵, alcanzando las tierras altas de Copiapó entre ofrendas de los pueblos Molle (400-600 d.C.).

En esta época, cuando las caravanas atacameñas dejan sus testimonios cerámicos negros clásicos fuera de su ámbito, se observa precisamente una fuerte influencia de Tiwanaku, con iconografía de sus santuarios principales y provinciales. Por primera vez ambos nortes son cubiertos por una ideología nuclear con una propuesta litúrgica de marcado proslitismo macro-regional. Esto encubre un movimiento caravanero convergente desde y hacia los señorios no-altiplánicos tras el flujo de ideas y produc-

²² Tarrago 1989

²³ Tarrago 1989

²⁴ Niemeyer *et al.* 1982

²⁵ Tarrago 1989

ciones complementarias derivadas de alianzas interétnicas y acceso estable y/o transitorio en territorios de uso uno y multiétnico. La incorporación de la *coca* a los alucinógenos, constituyó otro soporte ritualístico de la cohesión espiritual que hizo de cada *ayllu* un próspero centro aldeano con residencias para los colonos permanentes y transitorios vinculados con la explotación y tráfico minero-metalúrgico junto a otros rubros locales como el acceso a maizales, y básicamente de Algarrobales y chañares (no afectados por las sequías).

La concentración de excedentes manufacturados de cobre, oro y piedras semipreciosas locales constituyó uno de los focos de atracción para los señores Tiwanaku. De hecho los únicos cinco vasos de oro registrados se asocian a este estilo. Ya Le Paige había constatado en el cementerio Coyo Oriental, una alta presencia de martillos entre las tumbas afiliadas a Tiwanaku vinculadas con labores extractivas (+0 martillos en 33 sepulturas)²⁰. Precisamente, una tumba colectiva con textiles Tiwanaku, caracoles de agua dulce, más cerámica local "casi pulida", martillo e implementos de alucinógenos, contenía una bolsa con mineral de cobre datada a los 577 años d.C.²¹. Arriaza reconoce aquí una alta frecuencia de artritis a raíz de actos reiterados en términos de extracción y carga pesada entre hombres y mujeres²². Recuérdese que ya Bird había reconocido una colonia de mineros datados por los 500-700 años d.C., en los afloramientos de Chuquicamata, los que debían tener vínculos con sus aldeas de origen²³.

Durante la conexión con Tiwanaku se establecieron sincrónicamente pasajes de tráfico que permitieron redistribuir su iconografía en pueblos más meridionales como los Aguada, hábiles caravaneros que incorporaron sus iconos entre los pueblos Atacamas. Ciertamente, por los ejemplares de Antofagasta de la Sierra y Tebenquiche (650-850 años d.C.) circularon su cerámica, los objetos de bronce arsenical, los cestos campanuliformes bordados ubicados en Coyo Oriental y Solcor-3 junto a un tiesto negro pulido clásico. Se suma una figurina femenina de madera asociada a un tiesto "casi pulido", y un vaso de madera con felino rampante correlacionado con Aguada y Tiwanaku (véase pág. 81). El hecho de que Le Paige haya registrado una camisa Aguada -procedente del principal centro de irradiación de esta cultura en el valle del río Belén- adornada

con técnica negativa de motivos moteados, significa que ésta simbolizaba su distinción étnica, portada y/o donada como señal inequívoca de consolidación de vínculos armónicos entre los pueblos Aguada y Atacamas, separados por más de 800 km, pero unidos firmemente por la ruta del *cebil*.

Otra conexión transandina ocurrió por esta época con los pueblos Isla, los que preexistían en su comarca valles al arribo del flujo Tiwanaku y asimilaron a su manera los formatos cerámicos, hallándose éstos asociados a tiestos negros pulidos clásicos en los oasis atacameños. Otras influencias Tiwanaku fueron más directas a modo de colonias con permanencia a raíz de sus instalaciones residenciales y los vasos de oro de Doncellas.

A partir de las influencias de Tiwanaku el rol de los dignatarios del señorío de Atacama creció sustancialmente conduciendo el aparato sociopolítico local. El discurso alegórico que anexaba la cosmovisión con lo cotidiano fue un estímulo para la surgencia de una élite masculina con mayores bienes de estatus (hachas sin filo o simbólicas) asociada a labores chamanísticas (inhalação de psicoactivantes y mediación litúrgica), incluyendo funciones paramilitares con equipamiento guerrero y otras civiles con bienes domésticos estandarizados. Precisamente, durante el siglo XVIII los chamanes de Santiago del Estero practicaban rogativas bajo los efectos del *cebil*, no tan diferentes a las del desierto de Atacama, conforme relata el jesuita P. Lozano²⁴: "Cuando desean agua para sus sementeras ruegan a los viejos, que llamen a la lluvia, y estos haciéndose soplar con un canutillo en las narices de suerte que les penetra muy adentro los polvos de las semillas del árbol llamado sebil, que son fuertes, que les privan del juicio, comienzan ya fuera de sí a saltar, y brincar en descampado dando gritos, y alaridos y cantando con voces desentonadas, lo que dicen llaman la lluvia".

La conducción de estos señoríos meridionales, con diversas lenguas propias, insertos en redes complejas de interacción caravanera implicaba una estrategia de relaciones exteriores alerta a las alianzas fronterizas. Allí el estado Tiwanaku mediatizó el mundo andino central con el mosaico del "otro" mundo andino sureño, disperso y diverso, sustentado a su vez en esa época por una historia local de

²⁰ Le Paige 1973

²¹ Oakland 1992

²² Arriaza 1990

²³ Bird 1975

²⁴ Pérez y Gordillo 1993

1700 años de complejidad aldeana, proveniente de un curso formativo tan antiguo como el de cualquier otro pueblo de los Andes Centrales. Los contextos funerarios de ciertos hombres de Atacama durante el inicio de la conexión con Tiwanaku (300-500 años d.C.), dan cuenta efectivamente de la existencia de una élite bien estructurada. Tal régimen de Señorío se caracterizó por una alta complejidad sociocultural y política, estratificación social, diferencias de estatus, redistribución asimétrica con incremento de circulación de bienes y surgencia de identidad étnica en un territorio espacialmente acotado. En suma, el linaje señorial conduciría los asuntos del ceremonial y las normativas de la vida socioeconómica, tal como aún se observa en los ritos de la limpia de canales de Socaire.

Los señoríos transandinos sincrónicos al proceso de integración macroregional Tiwanaku (e.g., Aguada) y los locales de los periodos Sequitor y Quito, lograron demarcar sus esferas étnicas consolidando la búsqueda de alianzas. Los grupos foráneos involucrados con los regímenes de intercambio, colonias, factorías, fajas territoriales integradas, etc. no asumieron roles hegemónicos en el extranjero; por el contrario, el poder radicaba en la población local de Atacama³¹.

Cada señorío durante la macro-integración Tiwanaku ampliaba las relaciones vecinas en cuanto se han identificado suficientes bienes foráneos que involucran a interdigitaciones étnicas que conducen a más diversidad cultural y económica. En este sentido, el uso de alucinógenos da cuenta de estilos de alta diversidad entre su equipamiento, distinto a la uniformidad de las otras manufacturas locales. Los implementos inhalatorios se trasladaban en los viajes, como en las bolsas coquearas, y allí recogían los iconos desde distintas comarcas transandinas, en donde la ideología Tiwanaku era la más dominante estilísticamente. En el caso del cementerio Solcor-3 se ha aceptado que un cuarto de las tabletas inhalatorias son foráneas aunque no ha sido posible intuir sus puntos de salida. En suma, los rasgos foráneos en los 22 cementerios excavados por Le Paige señalan que por cada diez tumbas hay tres con cerámica transandina, provistas de implementos inhalatorios, lo cual se ha explicado a través de fuertes relaciones implícitas entre chamanismo y los auspicios del tráfico caravanero³².

El tráfico antiguo de tabaco y *cebil* más sus asociados culturales y económicos perduraron hasta el inicio del período Quito (400 años d.C.). Las rutas de interacción entre los oasis atacameños, Tebenquiche, Laguna Blanca, Hualfin y Saujil, que habían visto pasar a las caravanas de los pueblos San Francisco, Ciénaga, Condorhuasi, Candelaria y los Atacamas dieron paso a otros escenarios socioculturales y económicos. Fue así que el tráfico se reorientó al altiplano norte, hacia el eje-nodo mayor de Tiwanaku, quien controló esta vez el tráfico de la *coca* y del *cebil* y sus asociados, apoyado por la miniaturización de los iconos litoesculpidos, más acorde al flujo caravanero.

Ahora, en el período Solor (1000-1450 años d.C.), a partir de la declinación de Tiwanaku (900-1000 d.C.) los pueblos sur-altiplánicos: Huruquilla, Yura, Lipez, Chichas (Yavi) y Mallku-Toconce³³, intensificaron los circuitos de la *coca* paralelo al abandono del *cebil*. Se entiende entonces el porqué los pueblos calchaquies: Santa María y Belén, se marginaron del flujo caravanero tardío con los oasis atacameños, ya que su mediación entre la riqueza metálica (véase pág. 89 y 97) y aquella del *cebil*, no calzaba con la nueva idiosincrasia atacameña, más atada al universo circumpuneño y altiplánico meridional post-Tiwanaku. Ahora, se ha incrementado la interacción complementaria con los pueblos Lipez y Chichas del altiplano meridional y los más cercanos Yavis y Humahuacas.

Esta nueva situación geopolítica y la ausencia de ritos "alucinantes" generó menos preocupación por el virtuosismo artesanal. Se populariza una cerámica discreta llamada Roja Violácea, los platos negros y cafés Dupont/Ayquina y otras manufacturas epigonales. Es el tiempo en que el poder se centra en los *pukaras*-fortalezas como Quito, donde se controla el tráfico de larga distancia con productos altiplánicos y orientales a través de la conexión caravanera Lipez-Chichas que ha jerarquizado al señorío atacameño.

Podría interpretarse que ahora los señores locales han enterrado y ritualizado a los muertos en sus habitaciones, tal como lo describiera Bibar. De ser así, el régimen habría conducido a estrictas diferenciaciones sociales con una clase productora desigual o empobrecida dispuesta en los cementerios con escaso ajuar³⁴. Es posible entonces que

³¹ Llagostera et al. 1984

³² Llagostera et al. 1988

³³ Aldunate et al. 1988.

³⁴ Costa 1988

toda la riqueza se traficaba y se acumulaba para la élite. Sólo así tendría explicación la escasa presencia de ofrendas jerárquicas, incluyendo el hallazgo de hachas sin hojas o reemplazadas por láminas óseas y collares toscos de ignimbritas ordinarias, porque azuritas, malaquitas y turquesas eran patrimonio exclusivo de la élite y su inserción en el tráfico caravanero exterior.

Aunque se intuye que existieron conexiones intensas entre ambas vertientes puneñas, incluyendo la quebrada de Humahuaca, a raíz de las cómodas y afianzadas alianzas multiétnicas antiespañolas, la falta de datos no permite sostener un flujo mayor de gentes y bienes en esta época. Una excepción fueron los Yavi. Estos vivieron por los 930-1460 años d.C. en el sector nororiental de la puna jujeña y Quebrada de Humahuaca dedicados a labores agrícolas y pastoriles (maíz y llamas). Puesto que están presentes en Sococha y Tarija (Bolivia), se ha propuesto que son el ancestro de la etnia Chichas³⁵.

En algunas tumbas de San Pedro de Atacama se han registrado tuestos de los caravaneros Yavi, quienes habrían establecido arreglos para ocupar espacios en estos oasis, a juzgar por la alta frecuencia de su cerámica registrada en el *pukara* de Quito³⁶. Es probable que para legitimizar estas alianzas entre los señoríos Atacamas y Chichas, hayan bajado caravanas con dignatarios Yavi, uno de los cuales falleció en San Pedro de Atacama, siendo enterrado solo, en una leve colina del *ayllu* de Conde Duque. Todo su contexto es foráneo: un tuesto modelado policromo que representa a un personaje flechado que ejecuta una ocarina, llamando la atención su estructura ósea más sobresaliente (esqueletización) relacionada con rituales chamanísticos (véase pág. 85). Portaba un brazalete de plata, platos decorados y un hacha de cobre con gancho, como las halladas en la costa de Taltal-Paposo, y en los cementerios transandinos de La Paya, San Juan de Mayo y Santa María.

Al final de los tiempos precolombinos, durante el período Catrape (1450-1500 años d.C.), el traslado de colonias esta vez para la administración incaica, motivó la llegada de gentes y cerámica inka-altiplánica (e.g., estilo Saxamar y ollas de pie) siguiendo las costumbres preexistentes, en tanto vivieron y murieron aquí, dejando pequeños cementerios sin asociación a la población local (Hostería de San

Pedro de Atacama), o situándose en sectores con poblaciones locales, tal como ocurrió en el cementerio de Catrape. La presencia de tuestos inka Paya, las "caritas" de los cenecros Santa María en sus similes de la costa de Taltal, además de las placas de Catrape y tensores de arco, sugieren que la infiltración de poblaciones transandinas tras recursos foráneos, esta vez para los inkas, continuó hasta las postrimerías del Imperio.

Se puede concluir que los señoríos de ambas vertientes a lo largo de unos 2.650 años buscaron alianzas para conducir la circulación de bienes complementarios desde los inicios del primer período con cerámica de la Tradición San Pedro (Período Tilocalar). Esta movilidad se apoyó en ciertos asentamientos-eyes antiguos que articularon como nodos más cruciales la red caravanera de interacción giratoria³⁷. Los desplazamientos de gentes y cargas se acercaron a polos de explotaciones directas de recursos "abiertos"³⁸, a modo de colonos permanentes y/o temporarios, o por viajes itinerantes estacionales y transitorios con operaciones de ferias, trueques y otras variables combinadas, sin dejar de vincularse con su identidades étnicas de origen. En consecuencia, cada señorío ordenó el movimiento de bienes en un sentido multidireccional, circulando las caravanas por diversos nodos-cruciales a lo largo de múltiples pueblos localizados entre los 20° a 28° lat. sur. En este mosaico multiétnico, los oasis presentaron un patrón socio-cultural bastante homogéneo (Tradición Atacameña), de fácil lectura iconográfica en términos de identidad, separado por grandes despoblados de otros señoríos limítrofes, con quienes se unían por fronteras blandas, conviniendo fuera de sus límites con diversos pueblos de diferente idiosincrasia. A su vez recibían, a través de una política suprarregional de alianzas interétnicas, caravaneros con objetos foráneos (multicomponentes intrusivos), derivados del acceso directo y/o indirecto desde otras comarcas, que al tiempo de la invasión europea se adhirieron como interdigitaciones multiétnicas circumpuneñas muy dinámicas, organizadas por una élite señorial cohesionada e itinerante localizada aqueando y allende los Andes³⁸.

Todos estos pueblos cruzaron por los Andes de ambos nortes con sus identidades e idiosincrasias tras la cultura del viaje y sus encuentros, respondiendo con distintos modos de interacción, de acuerdo a los signos sociopoli-

³⁵ Krapovicadas 1973

³⁶ Nuñez, P., comunicación personal

³⁷ Nuñez y Dillehay 1979, Tarrago 1989

³⁸ Hidalgo 1984, Martínez 1988, Sánchez y Sica 1994

Museo Chileno de Arte Precolombino

ticos de cada época. En consecuencia, interpretar correctamente la arqueología caravanera precolombina de estas regiones es tanto o más complicado que seguir hoy en día las huellas y vestigios de los *kayawayas*, los sabios médicos itinerantes de los Andes Centro-Sur.

Aún después de la llegada de los españoles, por el año 1581, en plena resistencia contra el conquistador, los caravaneros atacameños cruzaban la cordillera y se introducían con otros pueblos transandinos hacia el altiplano meridional: "con ganados y otras cosas de venta y resca-

te"⁹⁹... Todavía durante el régimen colonial y los inicios republicanos se les verá vivir en un ir y venir, entre ambos lados de la cordillera porque tal vez después de diez mil años de vida circumpuneña resultaron ser los mejores caminantes de un desierto y unos Andes sin fronteras.

SAN PEDRO DE ATACAMA, Junio de 1994.

⁹⁹ Lozano 1885 (1581)

Museo Chileno de Arte Precolombino

REFERENCIAS

- ALDUNATE, CARLOS y V. CASTRO
1981 *Las culpas de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior Período Tardío*. Edición Kultrún Ltda., Santiago de Chile.
- ARRIAZA, BERNARDO
1990 Paleosalud de los habitantes de Coyos-oriental. San Pedro de Atacama. *Manuscrito* NEH Final Report, Washington.
- ASCHERO, CARLOS
1983 El sitio 1Cc-4: un asentamiento precerámico en la quebrada Inca Cueva (Jujuy, Argentina). *Estudios Atacameños* N° 7, San Pedro de Atacama.
- BENAVENTE, M. ANTONIA
1978 Chiu-Chiu 200, Poblado Agroalfarero Temprano. *Revista Chilena de Antropología* N° 1, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- BERENGUER, JOSE
1984 Hallazgos La Aguada en San Pedro de Atacama, norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 12, Lima.
- BERENGUER, JOSE, A. DEZA, A. ROMAN y A. LLAGOSTERA
1986 La secuencia de Myriam Tarrago para San Pedro de Atacama: un test por termoluminiscencia. *Revista Chilena de Antropología*, N° 5, Universidad de Chile, Santiago de Chile.
- BERENGUER, JOSE y P. DAUELSBERG
1989 El Norte Grande en la órbita de Tiwanaku, en Hidalgo, J. et al. *Culturas de Chile Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista* Ed. Andrés Bello pp.129-180
- BIBAR, GERONIMO DE
1966 *Cronica y relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile* (1558). Fondo Histórico y Bibliográfico J.T. Medina, Santiago de Chile.
- BIRD, JUNIUS
1979 The copper man: a prehistoric miner and his tools from northern Chile. *Precolombian metallurgy of South America* Dumbarton Oaks, Washington
- COSTA, M. ANTONIETA
1988 Reconstitución física y cultural de la población tardía del cementerio de Quitor-6 (San Pedro de Atacama). *Estudios Atacameños*, N° 9, San Pedro de Atacama.
- COSTA, M. ANTONIETA y A. LLAGOSTERA
1994 Coyos-3. Momentos finales del período medio en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños*, N° 12, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.
- DIEZ DE SAN MIGUEL, GABRIEL
1964 *Visita hecha a la provincia de Chucuito* (1567). Documentos Regionales para la Etnología y Etnohistoria Andinas, T-1, Casa de la Cultura del Perú, Lima.
- DOUGHERTY, BERNARDO
1972 Las pipas de fumar arqueológicas de la provincia de Jujuy. *Relaciones*, t. XI, N.S. Buenos Aires.
- FERNANDEZ DISTEL, ALICIA
1974 Excavaciones arqueológicas en las cuevas de Huachichocana. Depto. de Tumbaya, Prov. de Jujuy, Argentina. *Relaciones*, vol. VIII, Buenos Aires.
- 1980 Hallazgos de pipas en complejos precerámicos del borde la puna jujeña (República Argentina) y el empleo de alucinógenos por parte de las mismas culturas. *Estudios Arqueológicos* N° 5, Universidad de Chile, Antofagasta.
- 1989 Ubicación temporal a través de nuevos fechados radiocarbónicos del complejo cerámico San Francisco, Jujuy, Argentina. *Paleoetnología*, vol. 5, Buenos Aires.
- FERNANDEZ, JORGE
1978 Los Chichas, los Lpez y un posible enclave de la Cultura de San Pedro de Atacama en la puna limítrofe Argentino-Boliviana. *Estudios Atacameños*, N° 6, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama.
- HEREDIA, OSVALDO, J.A. PEREZ y A.R. GONZALEZ
1974 Antigüedad de la Cerámica Policroma en el Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* N° 5, Córdoba.
- HIDALGO, JORGE
1984 Complementariedad ecológica y tributo en Atacama: 1683-1792. *Estudios Atacameños* N° 7, San Pedro de Atacama.
- KRAPOVICKAS, PEDRO
1973 Arqueología de Yavi Chico (Departamento Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina). *Revista del Instituto de Antropología* N° 4, Córdoba.
- 1980 Arqueología de Cerro Colorado (Depto. Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, t. 2, La Plata.

Museo Chileno de Arte Precolombino

- LE PAIGE, GUSTAVO
1963 La antigüedad de una tumba comprobada por carbono 14 y el ambiente que la rodea. *Revista Universitaria* 26
- LOZANO MACHUCA, JUAN
1885 Carta del factor de Potosí, al Virrey del Perú (1581), en donde se describe la provincia de los lipes. *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo 2, apéndice 3, Madrid.
- LLAGOSTERA, AGUSTIN; A.M. BARON y L. BRAVO
1984 Investigaciones Arqueológicas en Tulor-1. *Estudios Atacameños* N° 7, San Pedro de Atacama.
- LLAGOSTERA, AGUSTIN, C. TORRES y M.A. COSTA
1988 El Complejo psicotrópico en Solcor-3 (San Pedro de Atacama). *Estudios Atacameños* N° 9, San Pedro de Atacama.
- LLANO, Z. DE J.E.
1904 *Memoria histórica-física apologetica de la América Meridional* (1759), Lima.
- MURRA, JOHN
1975 *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Andinos, Lima.
- NIEMEYER, HANS y M. CERVELLINO
1982 Cementerio de túmulos El Torin (cuenca alta del río Copalim), región de Atacama. *Resúmenes de Trabajos IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, La Serena.
- NUÑEZ, LAUTARO
1991 Tráfico, factos y conchas. *Boletín Sociedad Chilena de Arqueología*, N° 13, Santiago de Chile.
- en prensa Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la Puna de Atacama (Chile). *Coloquio Costa-Selva*. Instituto Multidisciplinario de Tikara.
- Ms. Un Señor Yavi en el ayllu de Conde Duque-San Pedro de Atacama.
- NUÑEZ, LAUTARO, V. ZLATAR y P. NUÑEZ
1975 Relaciones prehistóricas trasandinas entre el N.O. Argentino y Norte Chileno. (Periodo Cerámico). *Serie Documentos de Trabajo*, N° 6, Universidad de Antofagasta, Antofagasta.
- NUÑEZ, LAUTARO y T. DILLEHAY
1979 *Motilidad Giratoria: Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales*. Universidad del Norte, Antofagasta.
- OAKLAND, R. AMY
1992 Textiles and ethnicity: Tiwanaku in San Pedro de Atacama, North Chile. *Latin American Antiquity* N° 3 (4).
- PEREZ, JOSE e I. GORDILLO
1993 Religión y alucinógenos en el antiguo noroeste argentino. *Ciencia Hoy*, vol. 4, N° 22, Buenos Aires.
- PHILLIPI, RODOLFO A.
1890 *Viaje al desierto de Atacama hecho de orden del Gobierno de Chile en el verano 1853-1854*. Halle.
- PLATT, TRISTAN
1976 Espejos y maíz: temas de la estructura simbólica. *Cuadernos de Investigación* N° 10, CIPCA, La Paz.
- RAFFINO, RODOLFO
1977 Las aldeas del formativo inferior de la Quebrada del Toro (Salta, Argentina). *Estudios Atacameños* N° 5, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama.
- SANCHEZ, SANDRA y G. SICA
en prensa Entre águilas y halcones. Relaciones y representaciones del poder en los Andes Centro-Sur. *Estudios Atacameños* N° 12.
- TARRAGO, MYRIAM
1989 Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños, en especial, el sector septentrional del valle Calchaquí. *Tesis Doctoral*, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- TARTUSI, MARTA y V.A. NUÑEZ REGUEIRO
1993 Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones* N° 5, Instituto de Arqueología, Universidad de Tucumán.
- TORRES, CONSTANTINO M., REPKÉ, D.B., CHAN, K., MCKENNA, D., LLAGOSTERA, A. y SCHULTES, R.E.
1991 Snuff powders from prehispanic San Pedro de Atacama, chemical and contextual analysis. *Current Anthropology* Vol. 32, N° 5.

Hans Niemeyer F.

**PASOS CORDILLERANOS Y CONTACTOS ENTRE LOS PUEBLOS
DEL NORTE CHICO DE CHILE Y EL NOROESTE ARGENTINO**

INTRODUCCION

Hasta el día de hoy subsisten relaciones estrechas entre los habitantes de la cordillera andina del Norte Chico chileno y los del Noroeste Argentino, las cuales son especialmente frecuentes y tradicionales entre la cuenca del río Copiapó y las regiones de Salta, Catamarca y La Rioja, respectivamente. También existe una fluida comunicación entre los habitantes del Elqui, el Limarí, y aun del Choapa, en la vertiente occidental, con las regiones transandinas de La Rioja y San Juan.

En las artesanías textiles, hay entre ambas áreas una tradición común, interesante y digna de mayor investigación. Un buen ejemplo lo proporciona el tejido de ponchos de lana de guanaco y de vicuña en un telar horizontal extenso. Pero también la lana de oveja -teñida antiguamente de colores naturales tomados de la sabiduría botánica popular- daba origen a frazadas y *ritos* (ponchos de franjas multicolores, con flecos) en ambas bandas de la cordillera.

En el extremo norte del área chilena subsiste hasta hoy un pueblo ganadero, criancero de cabras y burros, que tiene su origen en la quebrada de Humahuaca, y que deambula desde hace años llevando una vida semitrashumante por los faldeos occidentales de la cordillera en las quebradas del Salado y los afluentes más septentrionales de la cuenca del río Copiapó. Se les llama "collitas" y hasta hace algunas décadas criaban llamas. Conservan sus típicas vestimentas y costumbres ancestrales, aunque han perdido su lengua indígena -presuntamente emparentada con el aymara- y hoy sólo hablan el español.

El antropólogo Ricardo Latcham, considerado uno de los padres de la arqueología chilena, postuló en las primeras décadas del siglo XX que el desarrollo y poblamiento Diaguita chileno, tenía su origen en migraciones desde el otro lado de la cordillera. Sin embargo, el arqueólogo Jorge Iribarren, en un análisis más profundo de la toponimia, la patronimia, la fitonimia y el idioma en general, concluyó que las culturas tardías de ambas vertientes andinas (Animas y Diaguita en el lado Pacífico, Aguada y sus sucesoras en la banda oriental) serían dos desarrollos culturales más o menos paralelos a partir de un tronco común o emparentado en su origen.

El área que nos ocupa en Chile va desde la Quebrada del Salado por el norte hasta los ríos Petorca y La Ligua por el sur. Se caracteriza por una serie de ríos transversales que se originan en la vertiente occidental de las altas cumbres andinas para vaciarse directamente en el Pacífico. Muchas veces una cuenca está separada de otra por cordones montañosos también de orientación este-oeste. Es principalmente a lo largo de estos valles y en la costa pacífica donde se desarrolló la vida de las culturas aborígenes en el Periodo Agroalfarero.

Las regiones de la vertiente oriental surandina tratadas en este trabajo comprenden la parte sureste de Salta, Catamarca, los valles occidentales del Tucumán, La Rioja, parte de Santiago del Estero y norte de San Juan. El Noroeste Argentino incluye las serranías y valles intermontanos en los faldeos andinos orientales hasta donde los bosques tropicales alcanzan las primeras estratificaciones de la montaña. Es en esta gran zona donde se encuentran los pueblos que alcanzaron el mayor desarrollo cultural prehistórico en territorios que forman hoy parte de Argentina, aunque siempre marginales respecto a los centros de alta cultura de los Andes Centrales. Faltan aquí, por ejemplo, las obras monumentales de arquitectura, tan comunes en lo que es hoy territorio del Perú y Bolivia.

Aunque el cordón fronterizo que sigue las líneas de altas cumbres ostenta alturas considerables en la mayor parte de este territorio, existen numerosos pasos que no presentan en verano problema alguno para el tránsito entre uno y otro lado de la cordillera, siendo la mayoría de ellos incluso franqueables en invierno, con cierta precaución. Pasos como los de Pircas Negras, Comecaballos, Rincón de la Flecha, La Ollita o Pelambres han sido transitados por diversos grupos humanos a lo largo de milenios, tejendo una historia de intercambio de productos, ideas y costumbres.

Las actividades del hombre en el área se inician con el Horizonte Paleolítico, contemporáneo con una fauna "gigante" o megafauna que soluciona gran parte de sus problemas de subsistencia. A éste, sigue el Horizonte Arcaico o Preagroganadero, también conocido como Precerámico, caracterizado por una economía depredadora de caza, pesca y recolección. Es esencial para este modo de subsistencia un género de vida nómada en que la comunidad

debía estar dotada de gran movilidad para ir tras las presas que cazaba. Al final del Arcaico los hombres ensayan la domesticación de plantas y animales, alcanzando así en la próxima etapa, el Horizonte Agroalfarero. Se define éste por una economía productora de alimentos basada en el cultivo de plantas y en la domesticación y crianza de animales: camélidos, cánidos, cuyes. Las comunidades gozan en este período de mayor estabilidad, dando nacimiento a aldeas cercanas a los lugares de cultivo y donde crían sus rebaños.

HORIZONTE PALEOINDIO

La fauna mayor contemporánea al hombre en este período pleistocénico (anterior al 8000 ó 7000 a.C.) está representada en Chile por el mastodonte (o elefante americano), el milodón, el caballo americano, la paleolama y el cervo de los pantanos, entre otros. Los paleontólogos de vertebrados piensan que esta fauna se abrió paso desde el oriente por los boquetes cordilleranos más bajos. Una posibilidad es la cadena de paleólogos existente en el curso superior del río Loa, al oriente de Antofagasta. También se dan como probables los pasos de Lonquimay, de Puyehue -en la región de los lagos- y en el extremo sur, la fácil comunicación patagónica.

En el norte de Chile no se han encontrado restos físicos del hombre asociados a los huesos de esos animales, pero sí huesos con señales de faenamiento y algunos artefactos usados por el hombre. En el extremo sur del área que nos interesa, el sitio más conocido e investigado es Quereo, en una rada situada unos 40 km al sur del Choapa. Tiene una fecha aproximada de 10.000 a.C. Si bien en el Noroeste Argentino, no se han encontrado hasta ahora evidencias paleoindias, un poco más al sur por la banda oriental, la literatura menciona el hallazgo de puntas de proyectil características de estas poblaciones más antiguas (tipo "cola de pescado") aisladas en superficie en las inmediaciones de la actual ciudad de Mendoza¹. Poco más al sur se encuentra la Gruta del Indio del Rincón del Atuel, cuyos niveles más profundos acusaron asociación del hombre con fauna pleistocénica. Seguramente para llevar a cabo estas empresas el hombre paleoindio estaba organizado en pequeñas bandas. La extinción de esa fauna obligó al hombre a desarrollar nuevas adaptaciones en el período Arcaico.

ARCAICO

En la década del 60, los doctores Gajardo-Tobar y Strotzi descubren casi por casualidad en la desembocadura del río Choapa un material lítico que constituiría parte importante del llamado más tarde Complejo de Huentelauquén. Evidencias asignables a este "complejo" o tradición se han hallado posteriormente en la costa desde las cercanías del río Salado hasta poco más al norte del río Petorca, y en la localidad de Huamalata, Limarí, y otros sitios en el interior de los valles. Más al norte, en la quebrada de Las Conchas, cerca de Antofagasta, se estudió un conchal en que se hallaron algunos de estos elementos, los cuales pudieron por primera vez ser fechados por radiocarbón². La fecha de 9500 años resultó sorprendentemente más temprana de lo que hasta entonces se había supuesto, por lo que es indispensable realizar más análisis que la confirmen, aunque ello implica hallar un yacimiento que tenga una capa de ocupación de cierta potencia y en ella material carbonoso apto para fechar.

Las características esenciales del complejo están configuradas en Huentelauquén y otros sitios vecinos -bajo las arenas móviles de las dunas- por piedras elaboradas que reproducían en planta polígonos regulares, desde el círculo con su infinito número de lados, hasta el triángulo equilátero. Se les dio el nombre de "piedras poligonales" o "litos polimorfos", y tienen espesores de 5 a 6 cm y diámetro variable de 10 a 20 cm. Se les atribuye uso ritual, a falta de una explicación más certera. Integran también el conjunto ergológico un gran número de artefactos de molienda, morteros y manos; instrumentos de piedra tallada, donde destacan puntas grandes de proyectiles, pedunculadas y lanceoladas; hojas y cuchillos semilunares, raederas y raspadores de diferentes tipos, taladros. Pero también piedras horadadas que ponen un distintivo sello al género de vida cazador y recolector altamente especializado, asociado a bandas trashumantes.

Similitudes formales o morfológicas con la industria lítica de Huentelauquén se han encontrado en algunos talleres de grupos cazadores, aunque sin asociación a piedras poligonales. Uno de los más conocidos es el de quebrada Cárcamo, en el sur de la cuenca del río Limarí. El sitio La Fundación, cerca de Gualcuna -unos 70 km al noreste de Coquimbo- también corresponde a estas características.

¹ Schobinger 1969

² Llagostera 1977

En la falda oriental de la cordillera andina, en la actual Provincia de San Juan, el hallazgo de material lítico semejante al del complejo Huentelauquén integrando la cultura de La Fortuna, aunque sin las piedras polimorfas, sugiere que existían ciclos trashumantes de largo aliento que irían desde la costa del Pacífico hasta el piedemonte oriental andino, a lo menos, estableciendo relaciones entre ambas vertientes. Este material de La Fortuna posee una antigüedad de 6500 a.C.

Más trascendente en el arcaico del Norte Chico, es el alero de San Pedro Viejo de Pichasca, en la ribera norte del río Hurtado, uno de los dos afluentes principales del río Limarí. Excavaciones sistemáticas pusieron de manifiesto en este sitio una estratigrafía de cuatro niveles. Los estratos superiores -llamados Ia y Ib- corresponden al Complejo El Molle con fragmentación cerámica bien definida (del cual se hablará más adelante) en tanto que los estratos II y III corresponden a ocupaciones discontinuas por bandas recolectoras-cazadoras del arcaico, que dejaron restos de sus fogones, fechados por radiocarbono entre 5000 y 8000 años a.C. En estos estratos más profundos se registraron diversos artefactos: puntas de proyectiles triangulares sin pedúnculos y de bases rectas, convexas o cóncavas; retocadores de hueso; conchas de choros con lados afilados para su uso como instrumentos cortantes; cuentas de concha; fragmentos de cestería hechos con técnica de espiral y entrelazado; fibras vegetales y rellenos de lana de camélido; raspadores líticos diversos. Pero sin duda lo más destacable es la presencia de cultígenos de origen bastante temprano. En el estrato III, con fecha de 9920 ± 110 antes del presente, aparecen nueve muestras de poroto (*Phaseolus vulgaris*), y en el siguiente, el II, cuya edad fluctúa entre los 7050 ± 80 y en 4700 ± 80 años antes del presente, se encontraron 43 especímenes de poroto y ají. (*Capsicum sp.*).³

En la otra vertiente de los Andes, en la Quebrada de Humahuaca, se ha estudiado el alero de Huachichocana, cuyos niveles profundos entregaron marlos de maíz, semillas de frijol y de ají, con edades que se pueden promediar en los 7000 años a.C. (alrededor de 9000 años antes del presente), siendo el conjunto cultural asociado muy similar al de San Pedro Viejo de Pichasca.

En relación a estos hallazgos caben algunas reflexiones:

la presencia de cultígenos en estratos tan antiguos no implica necesariamente la domesticación de plantas, puesto que los cazadores-recolectores suelen dedicar mucho esfuerzo al cuidado de ciertas áreas de recolección. Su transhumancia representa, en grupos como el que acampó reiteradamente en el alero de Pichasca, una práctica fundamental en gran parte de la región andina, desde los primeros tiempos de su ocupación humana. Estos grupos debieron ocupar una variedad de pisos ecológicos desde la alta cordillera hasta la costa, explotando diversos recursos de acuerdo a su rotación estacional. Respalda esta hipótesis, el hallazgo de conchas de moluscos a considerable distancia de la costa⁴.

El sitio los Morrillos de Andsita, situado en las cabeceras del río de Los Patos, al sudoeste de San Juan, también ofrece evidencias relevantes para una discusión sobre contactos transandinos en esta área durante el Arcaico. La ocupación definida por Gambier como adscrita al desarrollo de San Pedro Viejo -Morrillos II- tiene una datación absoluta de 4110 ± 150 años a.p. La fase Atuel III de la Gruta del Indio del Rincón del Atuel, al sur de Mendoza, fechada alrededor del 4000 a.p., parece también adscribible al mismo complejo cultural.

Resumiendo, los sitios del lado oriental de la cordillera -Morrillos y Atuel- así como San Pedro Viejo, en la vertiente pacífica, representan la explotación de un bioma de cordillera con prácticas de caza de camélidos y recolección de gramíneas y fibras vegetales.

EL AGROALFARERO

En el Norte Chico de Chile el estadio Agroalfarero (o Agroganadero), con agricultura plena, crianza de animales domesticados y prácticas alfareras, se inicia con el Complejo El Molle que se identifica con el Período Temprano y ocupa los primeros ocho siglos de la Era Cristiana. Le sigue el Período Medio con el Complejo Animas, entre el año 700 y el 1100 de la era. El Período Tardío va desde el 1100 hasta la conquista española, proceso iniciado con la expedición de Diego de Almagro en 1555. Es en este estadio donde se pueden establecer más relaciones en los desarrollos culturales de ambas vertientes de la cordillera andina.

³ Ampuero y Rivera, 1971.

⁴ Rees, 1986.

PERIODO TEMPRANO

En este período floreció en todo el norte semiárido de Chile una cultura -o, más bien, un "complejo cultural"- que ocupó casi todos los ambientes disponibles, muchas veces sobre los mismos asentamientos ocupados por las poblaciones del período Arcaico, tanto en los valles como en los interfluvios y en la costa. Sus evidencias materiales fueron descubiertas y descritas por primera vez para la ciencia en 1938 por Francisco Cornely en las inmediaciones del pueblo El Molle, en el valle de Elqui. De allí que se le llamó Cultura El Molle. En la década del 50 y siguientes, el conocimiento del área de dispersión de esta cultura fue ampliado considerablemente a las cuencas del río Limari y Choapa por el sur, y al Huasco, Copiapó y Salado por el norte. Sin embargo, aunque todas las manifestaciones presentan un innegable denominador común, un aire de familia que las caracteriza, ofrecen aspectos básicos que permiten hacer diferenciaciones de un valle a otro. Es por esta razón por la cual se le cambió su nombre a Complejo El Molle, como se le conoce hoy.

Algunos elementos propios de este complejo, como el uso masculino del *tembetá* en el labio inferior de los adultos y la costumbre de fumar en pipas de tipo T invertida, apuntan a un origen amazónico para estos grupos. Con el ingreso de estos elementos desde el oriente, se inicia en el Norte Chico la fabricación y empleo de la cerámica y el trabajo del cobre y, excepcionalmente, del oro y la plata. El trabajo de metales nativos martillados parece haber permitido la producción de objetos de adorno (como placas pectorales, brazaletes, aros y cintillos o huinchas, y algunos utilitarios como pinzas depilatorias y agujas) sin que mediara en su fabricación un proceso metalúrgico más complejo.

Los *tembetás* se hacían de piedras marmóreas, rigurosamente pulidas y de vistosa apariencia. Raramente se usaba el yeso. Confeccionada en saponita, combarbalita u otra piedra blanda, la pipa T se componía de un hornillo central al cual concurrían en línea, un tubo ciego para tomarla y un tubo inhalante proximal comunicado interiormente con el hornillo. Se piensa que se fumaban sustancias psicotrópicas, muy probablemente el *cebil*.

Entre los adornos corporales, aparte de las pinturas con

tierras de color, llevaban a menudo collares de múltiples cuentas discoidales calcáreas, a veces intercaladas con cuentas de crisocola. De la aldea de Carrizalillo Chico, en el curso superior de la cuenca del Copiapó, se rescató como ofrenda de un lactante un collar con más de 20.000 discos calcáreos que totalizaba al hilarse la longitud de 20 metros.

Se advierten diferencias notables en la cerámica entre uno y otro valle. En Copiapó y Huasco, por ejemplo, priman vasos de cerámica corriente, alisados, de color café y sin asa, de formas más o menos sencillas: globular de cuello ancho y base apuntada o en torus; formas estilizadas de alto cuello evertido o "floreros"; vasos bajos cilíndricos; cuencos hemisféricos. En las cuencas de Elqui y el Limari, en cambio, el arte cerámico fue más elaborado, ostentando técnicas variadas y colores más sofisticados. Existe una gran variedad de formas, incluyendo vasos cilíndricos altos, "floreros"; piezas de perfil compuesto de cuerpo globular con base plana y cuello ancho con decoración pintada bizonal, y trizonal; piezas más complejas con gollete y un asa-puente; o con dos golletes y asa-puente entre ellos; formas de frutos como calabazas; ornitomorfas y zoomorfas, etc. En cuanto a decoraciones, la cerámica más frecuente con tratamiento superficial es negra pulida y negra pulida incisa; roja pulida y roja pulida incisa. En el sitio La Turquia, valle del Limari, se da como excepción un cerámico pintado rojo sobre crema con dos golletes y asa-puente entre ellos. Otros dos vasos cilíndricos del río Los Molles, cuenca del Limari, también llevan decoración rojo sobre crema. Una forma cerámica muy peculiar que se ha hallado por partida doble en uno de los cementerios de El Molle, valle del Elqui, corresponde a una llama estilizada, con decoración negativa o pintura resistente corporal cuyo termo termina en un gollete más o menos amplio en el lugar donde correspondería representar la cabeza del animal.

Las actividades económicas variaban ligeramente entre uno y otro grupo, dependiendo de las condiciones específicas en torno del asentamiento. Se pueden citar como factores comunes, sin embargo, las prácticas agrícolas y horticolas, con empleo de palas de hojas líticas andesíticas; ganadería de camélidos; caza terrestre, incluyendo viajes a larga distancia, como son aquellos desde la cordillera hasta la costa en pos de conchas de moluscos. Para la

caza, y también seguramente para su empleo en armas ofensivas y defensivas, fabricaban puntas de proyectiles pedunculadas muy fuertes, que han sido detectadas con mucha recurrencia, sobre todo en los yacimientos del valle de Copiapó.

En el interior de Copiapó, en la cuenca alta, se han encontrado y estudiado aldeas de los habitantes tempranos donde se demuestra que estos "vivían" con sus muertos enterrados en túmulos. El Torín, Cabra Atada y Carrizalillo Chico son buenos ejemplos de este patrón de asentamiento que no se ha descubierto en los valles de más al sur.

Las prácticas de funebria en los valles de Huasco y Copiapó, se expresan de diferente forma que en los de Elqui y Limarí. En los primeros, las estructuras funerarias son los mencionados túmulos, acumulaciones de tierra y piedra en forma de conos truncados en cuyo interior se depositaron los cuerpos en posiciones genuflexas, muchas veces amarrados y envueltos en esteras de fibras vegetales. Con cierta frecuencia están acompañados de palos de Algarrobo. En los valles de más al sur, en cambio, están los cuerpos depositados en fosas profundas bajo el nivel actual, señalados en superficie por un mosaico de piedras de río de varios colores, sobre todo blancas y rojas. También suelen tener protección de palos de Algarrobo.

Las relaciones de estos componentes del Complejo El Molle con culturas tempranas del Noroeste Argentino, se ponen de manifiesto al comparar algunos rasgos específicos que se dan en una y otra banda, como es el caso de los *tembetás*. Allí, estas culturas tempranas se llaman "formativas" y corresponden a Ciénaga, Condorhuasi y La Candelaria, por nombrar las principales. En otros casos, hallamos manifestaciones culturales idénticas en una y otra banda, expresión, sin duda, de una misma cultura. Así sucede con el Cementerio Guillermo, en San Juan, donde las sepulturas ofrecen piezas prácticamente indistinguibles de los "floresos" de El Molle en la vertiente occidental.

Una pieza cerámica exhumada en La Turquía B (río Limarí) representa a un ave, probablemente una lechuza o un tucúquere sentado, de color uniforme rojo encendido. Esta pieza podría perfectamente confundirse en un contexto de La Candelaria, en la ceja de selva de las serranías de

Salta y Tucumán. Asimismo, del Túmulo 2 de Quebrada de Pinte, al interior del valle del Huasco, se recuperó una placa de cobre que representa un ave con sus alas desplegadas o en vuelo, la que estaba colocada sobre el pecho del cuerpo en un enterramiento Molle. Del cementerio 3 de La Ciénaga, Hualfin, se han recuperado placas de plata similares. Aunque más pequeñas, no hay dudas de que el simbolismo y contenido religioso es el mismo.



En la aldea Molle de El Torín, cuenca alta del Copiapó, se exhumaron fragmentos de cerámica cesteadas que, según opiniones de A. Rex González, sería propia del estilo Vaquerías del Noroeste Argentino. Por otra parte, la cerámica Ciénaga incisa con decoración geométrica -frecuente en contextos de esta época en el río Belén, Catamarca- tiene, a no dudarlo, un parecido cierto con la cerámica pulida negra incisa de El Molle, tan frecuente en la cuenca del Limarí. Incluso, en ambas, muchas veces se tiñe de blanco la ranura de las incisiones. Como éstas, existen numerosas evidencias para postular conexiones regulares entre ambas vertientes de la cordillera durante el Período Agroalfarero Temprano.

Cabe mencionar, por último, el hallazgo en el cementerio El Torín de dos piezas negras pulidas depositadas como ofrendas en un túmulo funerario. La forma, textura y aspecto general de las piezas, delata inequívocamente su origen en la Puna, probablemente en San Pedro de Atacama o incluso Calahoyo, sugiriendo una ruta puneña y la consecuente conexión entre estos pueblos de la esfera Molle y el universo altiplánico³.

PERIODO MEDIO

Se desarrolla en el Norte Chico entre el 800 al 1200 d.C. Sucede a los portadores del Complejo El Molle, ocupando toda el área, y dando origen a lo que parece haber sido un cambio cultural radical. De hecho, en esta época se pierden muchos de los valores más preciados del período anterior. El *tembetá* carece ahora del simbolismo

³ Niemeyer et al. 1989

y contenido espiritual de otrora, pasando en algunos casos a desempeñar un simple papel de amuleto u objeto curioso. En Copiapó, sin embargo, perduran algunas antiguas prácticas de El Molle, como la de enterrar a los muertos en estructuras tumuliformes. En las cuencas del Elqui y el Limarí la ruptura con el pasado fue aún más drástica que en Copiapó. Así se abre sobre el Complejo Animas propagándose aparentemente desde Copiapó hacia el sur, de confiar en lo que indican los fechados disponibles.

El cementerio excavado por Cornely en 1934⁶ en la quebrada Las Animas, unos 20 km al interior del valle del Elqui, es el que permitió la denominación de la nueva cultura, de acuerdo al criterio de sitio tipo. Posteriormente, el estudio de numerosos yacimientos asignados a este periodo ha permitido reafirmar las características usadas en la definición original del Complejo Animas. En la Región de Atacama, los más importantes son La Finca de Chañaral y La Quebrada de Las Pinturas, en el interfluvio Salado-Copiapó. En la cuenca alta del Copiapó se conocen los poblados de La Ollita, situados a 4000 m, en el corazón de la cordillera, cerca del paso del mismo nombre; la aldea El Pedregal de Cabra Atada, a orillas del río Pulido; los *pukaras* Puntilla Blanca y Quebrada Seca, en la ribera norte del Pulido y el gran cementerio de más de cien túmulos de la quebrada La Puerta. En el valle del Huasco, el cementerio de Chancoquín Chico es el sitio más representativo de Animas, aunque es cierto que encima de los túmulos en Pinte, cuenca alta del Huasco, se halló cerámica del Período Medio, señalando una secuencia estratigráfica.

En Coquimbo, el más importante yacimiento es el gran cementerio de la Plaza de Armas, al pie del cerro La Cruz (hoy desaparecido por tronadura). Vio la luz con motivo de una remodelación de esa área y entregó alrededor de 30 sepulturas⁷. En los alrededores de Coquimbo se ha estudiado además el cementerio del Olivar en la Compañía Baja y los sitios de la Higuera en Guanagueros y Puerto Aldea, en la bahía de Tongoy, poco más al sur de la desembocadura del río Elqui. Curiosamente, y al contrario de lo que ocurría con el Complejo Molle, Animas no ocupa los interfluvios. Por ahora pareciera que el valle del río Hurtado, afluente norte del Limarí, fuera el emplazamiento más meridional de este complejo cultural.

No es el momento de ocuparnos de cada sitio ni de su contenido, sino centrarnos en líneas generales en los dos de mayor trascendencia: el cementerio de La Puerta en Copiapó, y el de la Plaza de Coquimbo, que tipifican bien al período y representan la variabilidad observable entre contextos separados por casi 400 km lineales.

La Puerta es una quebrada afluente del curso medio del Copiapó en un sector bien particular del valle: una angostura labrada en un afloramiento granítico que determina posibilidades defensivas, amén de recuperaciones del caudal del río. Sobre el cono de deyección de esta quebrada existían hasta un centenar de túmulos, en su mayoría bastante grandes. A pesar de que todos ofrecían señales de haber sido saqueados, el resultado de la excavación sistemática fue alentador. Acusó dos tipos de estructuración. Por una parte las enormes acumulaciones de piedra y tierra, que contenían en su interior un segundo o tercer nivel de enterratorios a bastante profundidad. Casi siempre los cadáveres humanos estaban en posición sentada acompañados de esqueletos de camélidos. Las ofrendas materiales eran más bien escasas, muchas veces inexistentes. En general, correspondían a uno o dos ceramios; por excepción el túmulo 13 arrojó cinco ceramios. A veces, se excavaba bajo el nivel del piso una fosa cilíndrica donde se alojaba el cadáver de un camélido como rito previo a la formación y utilización del túmulo.

Un segundo tipo de estructura corresponde a un área de planta irregular donde se excavaron hasta cuarenta fosas cilíndricas, de 60 a 70 cm. de diámetro. En éstas se depositaba un bulto funerario con piernass hiperflexionadas, en su mayoría niños en posición sentada o en cuclillas, con collares de cuentas de crisocola. Nos referimos a esta área bien delimitada como la "Necrópolis" de La Puerta.

Los ceramios de ofrenda de los túmulos -cuenca grandes de cuerpo más o menos cónico y paredes inflectadas con base pequeña cóncava- llevan en el interior un acabado de negro ahumado (de am-



⁶ Cornely 1956

⁷ Castillo 1989

biente reductor), bien pulido, de aspecto a veces acerado. Por su pared exterior presentan un engobe de color crema, sobre el cual se ha pintado en negro algún diseño característico, en base sobre todo a haces de líneas verticales onduladas. La forma de estos pucos y el ahumado interior ofrecen un argumento para postular una decisiva influencia de la Cultura Aguada en este período. Otra forma recurrente es la del jarro globular con un asa, casi siempre de cerámica corriente rugosa con superficie manchada con hollín.

En la Necrópolis, donde la mayoría de los enterratorios correspondían a párvulos, la cerámica más recurrente es de pucos campaniformes, negros por dentro y engobados de rojo por fuera, con decoración escalonada en negro.

Se han recuperado de estos cementerios, además de la cerámica, conchas de moluscos, moldes y otras piezas metálicas de fundición; aros circulares de cobre y aros espiralados de cobre y plata; cintillos de plata; anillos de cobre. También integran estos contextos espátulas o cucharetas de hueso, de mango simple, constituyentes del complejo alucinógeno, tan ampliamente difundido en el Noroeste Argentino y las culturas circumpuneñas durante el Período Medio (ver artículo de L. Núñez en este volumen.).

Pero sobre todo, múltiples collares de distintos tipos. Los más frecuentes son de cuentas discoidales pequeñas calcáreas y de crisocola o malaquita; otros son de cuentas tubulares de turquesa o combinaciones con discoidales. Pero en dos ocasiones se recuperaron collares que incluían cuentas de pequeñas esculturas labradas en piedra que representan pájaros y cuadrúpedos aún no identificados (probable quirquincho). Proporcionan estas piezas pequeñas otro argumento puntual para establecer la relación cierta con la Cultura Aguada. En efecto, de las excavaciones de la estructura del sitio La Rinconada, en Catamarca, se recuperaron dos cuentas de pizarra reproduciendo patitos de tamaños semejantes al de nuestras minúsculas esculturas.

También en el Período Medio, cabe citar la presencia en el arte rupestre del motivo llamado "el sacrificador", muchas veces asociado a cementerios. La representación de este personaje, con un hacha en una mano y una cabeza cercenada en la otra, es un rasgo panandino introducido,

sin dudas, desde la vertiente oriental andina en lo que es hoy el Noroeste Argentino. Por otra parte, el hallazgo en uno de los túmulos de La Puerta de un *keru* hecho de una lámina de plata se relaciona con influencias Tiwanaku a través, probablemente, del mismo camino. El complejo alucinógeno, de tanta envergadura allende los Andes, está ampliamente difundido en estos sitios Animas de Copiapo.



El cementerio de la Plaza de Coquimbo, por su parte, puso de relieve sepulturas practicadas en la tierra, de baja profundidad, con alguna señalización de piedras. Lo más llamativo es la estrecha relación entre los cadáveres humanos y ofrendas de camélidos, que aparecen literalmente abrazados a ellos. Hay sepulturas con un camélido, con dos y hasta con cinco animales. Aparecen en este cementerio una gran cantidad de piezas metálicas que se dan en yacimientos importantes de la región valliserrana oriental: cinceles, placas pectorales, pinzas depilatorias, aros, campanitas de laminilla de cobre plegadas; colgantes rectangulares; barras de sección cuadrada como preformas de anzuelos, y los mismos anzuelos terminados, cuchillos rectangulares; objetos de hueso, madera y concha; puntas líticas pedunculadas y apedunculadas, finamente talladas, utilizadas también como puntas de arpones para caza marina. El registro de espátulas y un tubo de hueso largo de pájaro con boquilla de madera de algarrobo testifican la presencia del complejo alucinógeno.

Se rescataron de este cementerio siete ceramios, siendo uno de ellos un vaso campaniforme de base pequeña con decoración negro sobre rojo. Los otros son jarros globulares con un asa, de confección algo imperfecta.

En este grupo costero se pone de manifiesto una economía agraria fuertemente dependiente de la crianza de camélidos, pero también con amplia vocación de explotación del mar. Esto último es más patente en el sitio Los Pozos de Puerto Aldea -unos 50 km al sur de Coquimbo- donde también es notoria la abundancia de boquillas de hueso

como partes de la *copuna* o cántula para inflar las balsas de cueros de lobo marino.

En los yacimientos Animas del territorio andino occidental, no aparece hasta hoy, en cantidad, cerámica negra pulida incisa ni decorada tan sofisticada como la de Aguada. La total ausencia de cerámica decorada con personajes y escenas típicamente Aguada parece confirmar que la abundante cerámica de los *pukaras* de Puntilla Blanca y Quebrada Seca en el Pulido, o la del cementerio de La Puerta, corresponde a un tiempo posterior a la plenitud y clímax de la Cultura Aguada en el área valleserrana del piedemonte andino oriental. Se confirma la opinión que nos diera hace más de quince años una connotada investigadora argentina cuando le mostré una colección de fragmentos cerámicos del *pukara* de Puntilla Blanca en el sentido que sería Aguada Decadente. La diferencia de fecha entre los yacimientos "argentinos" (650 - 850 d.C.) y los "chilenos" (850 - 1100 d.C.) hablaría también en este sentido.

Debemos agregar que en Copiapó los asentamientos de este período son escasos. Los más definidos quizás sean los de los *pukaras* Puntilla Blanca y Quebrada Seca, a orillas del río Pulido y el del piedemonte de Cabra Atada. Este último consiste en una aldea de viviendas semisubterráneas que carecen de supraestructuras, tal vez desaparecidas si es que fueron de materiales perecibles⁵.

No deja de sorprender que aún no se haya encontrado el asentamiento que presumiblemente debió estar asociado al gran cementerio de La Puerta, en el Copiapó medio. Es cierto que en la ladera izquierda de la quebrada, a media falda o casi al pie de ella, se encuentra un gran número de estructuras rústicas que todavía no se han explorado, pero bien podrían ser más tardías, asociadas al "palacete" inka del ala izquierda de la quebrada.

En la subárea valleserrana del Noroeste Argentino, el Período Medio está representado por la Cultura Aguada que alcanza su clímax entre el 650 a 850 de la Era Cristiana. Está vinculada en su génesis con las culturas tempranas de Condorhuasi y Candelaria, así como con la cerámica policroma de estilo Vaquerías. El valle del río Belén, en el oriente de Catamarca, es el centro de origen de la Cultura Aguada y es allí donde se presenta con sus rasgos diferen-

ciales y específicos. Pasa a ser la resultante o síntesis de culturas regionales anteriores, una instancia de unificación de carácter social e ideológico de diversas sociedades locales, conduciendo a una nueva organización sociopolítica y religiosa que se extiende por el noroeste del actual territorio argentino. Se producen cambios substanciales: aumento demográfico; incremento de las áreas cultivadas de papa, maíz y *quinua*; especialización artesanal y ceremonialismo comunal, con proliferación de centros ceremoniales asociados a ritos manifestados en la iconografía felínica. Existió diferenciación jerárquica de los sitios de esta organización, adquiriendo la entidad sociocultural un elevado grado de complejidad. Aguada incorpora muchos rasgos que se venían desarrollando desde el Período Temprano, como ser las placas metálicas (en forma de ave con las alas desplegadas o semilunares) y costumbres fumatorias en pipas acodadas. Debíó tener Aguada un arte textil muy desarrollado, aunque la humedad del suelo no permitió ni su conservación ni la de los artefactos tallados en madera. La Cultura Aguada exhibe una rica y variada artesanía en cerámica, con representación de una compleja iconografía. Pero indudablemente la industria más sobresaliente del período es la metalurgia en bronce, representada por placas de extraordinaria perfección y belleza.

En este período, el arte y técnica arquitectónica incorpora el uso de paredes de adobe con columnas de piedra. Un excelente ejemplo lo proporciona el poblado de Tala, en las inmediaciones de la ciudad de Catamarca.

Las relaciones de Aguada con áreas aledañas y áreas lejanas son múltiples. Basta recordar el intenso intercambio de objetos e ideas con San Pedro de Atacama, en donde se han hallado incluso los poquísimos restos textiles de la cultura preservados hasta nuestros días. Sin embargo, no cabe duda que en el valle de Copiapó sólo penetraron rasgos de una Aguada decadente, sin arquitectura ni la excelente metalurgia que caracteriza el período de esplendor; sin la cerámica clásica de Aguada, impregnada de simbolismo con iconografías riquísimas grabadas representando personajes humanos, felínicos y poderosos guerreros (véase pág. 53).

En la cerámica de los sitios del Copiapó medio suelen hallarse fragmentos que tienen dibujados unos óvalos re-

⁵ Niemeyer, *et al.* 1991 y 1993

llenos de puntos, lo cual recuerda las manchas del felino de la cerámica Aguada, reproducidas probablemente sin su carga simbólica. No hay en el valle de Copiapó en esta fase centros ceremoniales ni esculturas de piedra, tan comunes en el Noroeste Argentino en el periodo de auge de la cultura Aguada.

La decadencia de Aguada tiene lugar, según los arqueólogos argentinos entre el 800 y el 850 d.C., coincidente con las fechas de los yacimientos del Periodo Medio en el valle de Copiapó (850 d.C.), sobre todo con el gran cementerio de La Puerta. Todos estos hechos confirman que la fase que se propagó a Copiapó fue Aguada Decadente.

EL PERIODO TARDIO EN EL NORTE CHICO DE CHILE

El Complejo Animas -cuyo florecimiento tuvo lugar en Copiapó más o menos desde el 800 d.C. hasta una fecha no precisada, pero no inferior a 1100 d.C.- evolucionó en ese valle y en el vecino del Huasco hacia el Periodo Intermedio Tardío, caracterizado sobre todo por la cerámica Copiapó Negro Rojo y por la cerámica de Punta Brava, del curso medio superior del Copiapó. Ambos complejos cerámicos fueron posteriormente receptores del Inka.

Estas nuevas manifestaciones parecen haber llegado al valle de Elqui, desde más al norte, dando origen al desarrollo "Diaguita Chileno", cuya base cierta fue el tipo reconocido como Animas IV. Seguramente desde aquí se propagó a las cuencas de más al sur, (Limarí y Choapa), aunque allí habría dado origen a otros estilos. Por lo que se sabe hasta ahora, el Complejo Animas tiene al río Hurtado como límite meridional.

El desarrollo "Diaguita Chileno" es independiente del que ocurría en territorios del actual Noroeste Argentino, de suyo más complejo. Con excepción del Copiapó, aún no se conocen en la vertiente pacífica de los Andes aldeas o pueblos estructurados, y se piensa que el patrón de instalación era más bien disperso a lo largo de los valles, con casas de materiales frágiles y perecederos. Hasta hace pocas décadas, esta cultura se conocía sobre todo a través de la excavación de cementerios y sólo a partir del año sesenta se han estudiado estratigráficamente sitios de ocu-

pación, excavaciones que han sido claves para el análisis de su desarrollo: el conchal de Punta Teatinos, el de los Pozos de Puerto Aldea, la "Cia. de Teléfonos" de La Serena y Punta de Piedra, al interior del valle de Elqui. A raíz de estas excavaciones, se acepta una secuencia en tres etapas o fases, caracterizadas en lo esencial por las formas y decoración de la cerámica, por el patrón de enterratorio y por la evolución de la metalurgia⁵.

Los tejidos y vestimentas debieron constituir, sin duda, aspectos esenciales de diferenciación, especialmente útiles para la definición de fases arqueológicas, pero la humedad del clima no ha permitido su conservación.

Los datos de que disponemos a la fecha, sin embargo, permiten definir una **fase 1**, con cerámica transicional, de clara afinidad con la del Complejo Animas precedente. En los cementerios de esta fase los cuerpos aparecen en posición decúbito lateral flectada, con escasas ofrendas depositadas en las proximidades del tórax o del cráneo. Persisten aquí algunas prácticas heredadas del Complejo Animas, como ofrendas de camélidos junto o sobre el cuerpo humano. Abundan piezas metálicas de cobre como agujas, placas, aros, brazaletes y punzones así como algunas piezas de hueso y abundantes puntas de proyectil líticas. En general, esta primera fase del desarrollo cultural Diaguita exhibe muchos rasgos de la cultura material de Animas, manifestando además en la costa una orientación económica de tipo marítimo, que incluía prácticas de navegación costera mediante el uso balsas hechas de cueros de lobo marino.

Con posterioridad al desarrollo de la fase Diaguita 1 -como ha podido, por lo demás, ser confirmado estratigráficamente en varios cementerios del valle del Elqui y la bahía de Coquimbo- se identifica lo que Cornely denominó la fase "Clásica" de esta cultura, o **fase 2**, que perdura desde el 1320 al 1470 d.C. aproximadamente. Es aquí cuando la Cultura Diaguita alcanza su máxima expresión artística en la cerámica, con piezas tan elaboradas como el jarro pato antropomorfo. Es la fase que ha proporcionado mayor número de restos en cementerios.

La cerámica es de abigarrada policromía, fina y cuidada en sus detalles. Descuellan en primer lugar el jarro-pato, de forma ovoidal con asa-puente breve que une una cabeza

⁵ Ampuero 1978 y 1989

antropomorfa bien peinada a un gollete relativamente ancho. Esta pieza es considerada de un profundo contenido simbólico y emocional, y se asocia en sepulturas a personajes que han tenido en vida un rol de importancia. La segunda pieza que se repite hasta el cansancio con múltiples variantes de decoración -aunque ateniéndose siempre a cánones bien establecidos- es la escudilla honda de paredes rectas y base ligeramente convexa exteriormente. La decoración multicolor se practicaba sobre todo en el contorno externo, sobre fondo rojo. A veces un sector interrumpe el ruedo para presentar una antropomorfización o zoomorfización. El engobe interior es rojo. Al lado de las piezas nombradas hay otras de gran belleza pero de menor ocurrencia tales como grandes platos extendidos, jarros y tazones, pequeños pucos, entre otros.

Las piezas en forma de urnas son relativamente pequeñas y escasas, aunque su evidente semejanza formal con las urnas Belén de la vertiente andina oriental (ej. asas horizontales bajas en diámetro máximo de la pieza, forma oronda de Aguada), delata la persistencia de un flujo de comunicación con las tierras orientales, desde donde parece haberse extendido originalmente la concepción misma del entierro en urnas (véase págs. 67 y 69).

La calidad de la cerámica en esta fase 2 no dice relación con su esmerada decoración, caracterizándose por una textura irregular, uso de antiplástico grueso y mal distribuido y cocción, por lo general, deficiente.

Las sepulturas en esta fase se presentan construidas como verdaderos catafalcos de piedras lajas labradas en piedras graníticas o más comúnmente en la piedra caliza llamada localmente "Piedra Juan Soldado", coquinas fósiles abundantes en la costa de Atacama y Coquimbo. A veces son sepulturas múltiples, con cuerpos en posición estirada en decúbito dorsal y abundante ofrenda.

Merece mención especial un estilo cerámico denominado Punta Brava por Iribarren³⁰, propio del pueblo y del *pukara* del mismo nombre, en el curso medio superior del valle de Copiapó, donde parece haber tenido su origen y mayor popularidad. Se trata de una cerámica muy gruesa, de paredes porosas y pintada de colores rojo, negro y blanco con diseños geométricos sobre una superficie opaca. Este

estilo está representado en grandes tiestos, algunos de un diámetro superior a 1,5 m. que se han hallado semienterrados en el valle de Elqui -unos trescientos kilómetros al sur del "sitio-tipo"- y que seguramente sirvieron para contener agua y almacenar alimentos, como sugiere el relato de Bihar (1558) al referirse a "graneros" que eran buscados afanosamente por los conquistadores españoles de estos territorios. El estilo Punta Brava se expresa también en piezas uniformes, asociadas a la fase Diaguita 2 y, lo que es aún más común, a evidencias inkaicas. Por la calidad de su pasta, acabado de superficie y concepción general, las urnas tipo Punta Brava (véase pág. 71) constituyen la forma cerámica del Norte Chico chileno que más se asemeja a aquella característica de Santa María, desarrollo cultural contemporáneo en el área valliserrana oriental. Los motivos decorativos, sin embargo, son diferentes. Además, las urnas tipo Punta Brava son más pequeñas que las fabricadas y usadas en Santa María, y parece que no siempre servían para inhumar muertos. Si bien es cierto que en ambas bandas de la cordillera se representa en las urnas a un personaje antropomorfo central, en Santa María la decoración incluía figuras de animales: serpientes con una o dos cabezas, ñandúes y sapos estilizados; mientras que las grandes urnas Punta Brava de la vertiente pacífica exhiben los típicos motivos geométricos del arte cerámico "Diaguita" chileno, en sus fases 2 y 3. El hallazgo de cucharetas o espátulas de hueso labrado revela que en este período siguió vigente la práctica de inhalar alucinógenos. Otro rasgo en común con las culturas contemporáneas de la vertiente oriental andina es el notable perfeccionamiento de la metalurgia, aunque no alcanzó en lo que es hoy Chile la perfección y alto grado de tecnicismo que caracteriza la metalurgia del oriente de la cordillera.

Inmediatamente antes del contacto hispano, se desarrolla en el Norte Chico la llamada **fase 3** de la cultura Diaguita, correspondiente al proceso de aculturación asociado a la presencia Inka en el área. En esta época, es especialmente notable el desarrollo de sistemas de regadío artificial, que ya ocupaban una extensión considerable durante la fase "elásica" inmediatamente anterior.

Las sepulturas de este período guardan bastante semejanza con las de la fase 2, aunque la cista de piedra tiende a desaparecer y se intensifica, en cambio, la práctica de

³⁰ Iribarren 1958

depositar ofrendas funerarias, mucho más ricas de lo que solían ser. Es más frecuente encontrar ahora entre las ofrendas piezas cerámicas duplicadas, idénticas o "mellizas", especialmente el vaso campaniforme, una forma nueva y propia de esta fase de aculturación. La costumbre de depositar en una tumba pares de piezas cerámicas idénticas se había detectado, con menos frecuencia, en la fase anterior y es probable que refleje concepciones espirituales sobre la dualidad, expresadas también en las formas de asentamiento y organización política. Aunque siguieron ocupándose durante este período campamentos simples a orillas del mar -identificados arqueológicamente por conchales- aparecen en esta época las construcciones perdurables en piedra, en la forma de *tampus*, campamentos, *pukaras* y otras viviendas. En el curso superior de la cuenca del río Elqui, por ejemplo, se han estudiado las ruinas de construcciones de piedra de cierta magnitud, asociadas a terrazas o andenes de cultivo.

En esta fase se mejoran los caminos y se abren nuevas vías de comunicación longitudinales y transversales, dotadas de *tampus* o posadas cada cierto espacio, orientadas simultáneamente a mejorar las comunicaciones con los mayores centros administrativos incaicos en los valles intermontanos del actual Noroeste Argentino y controlar las comunicaciones entre los distintos valles y señoríos diaguitas.

Uno de los principales intereses tras la expansión incaica hacia el Norte Chico fue la minería. En este período se construye en Viña del Cerro, en el curso medio del valle de Copiapó, el establecimiento metalúrgico más completo y funcional de los Andes del Sur. Se intensifica también en estos tiempos la metalurgia del cobre y del bronce, así como la de la plata y del oro, aunque en menor escala. Aparte de las piezas de adorno y herramientas que vienen de la fase anterior, se introducen nuevos modelos de típico patrón incaico como los *tumis* o cuchillos semilunares y los *topus* o alfileres y las manoplas. El Brillador, al norte de Coquimbo y especialmente Andacollo, al sur, son algunos de los principales sitios de explotación minera asociados a la ocupación incaica en el área.

Se instalan centros administrativos en los valles principales, en donde reside la autoridad local, el *kuraka*. El centro administrativo de la cuenca del Limarí fue encontra-

do por los arqueólogos en lo que es hoy el Estadio Municipal de la ciudad de Ovalle. A pesar que la premura en la construcción del estadio sólo permitió una excavación de salvataje como cementerio y no como centro de ocupación, pudo rescatarse una valiosa colección de piezas cerámicas, quizás las más elaboradas de la época, con abundancia de modelos cuzqueños, además de numerosas piezas de hueso y de metal. Como hemos señalado, aunque es dable esperar también la existencia de piezas textiles, la humedad del medio ha impedido su conservación.

Por otra parte, la localidad del actual Tambo en Elqui, a unos 15 km de Vicuña, fue el asiento del pueblo de indios en la Colonia conocido como San Ildefonso de Elqui, donde seguramente existió un *tampu* de importancia. El área de Altovalsol, a unos 20 km al interior del valle, fue asiento de otro *tampu* importante de la época incaica, donde estaba radicada la administración de la parte baja del valle. Ambos *tampus* serían entonces expresión del gobierno dual del valle del Elqui¹¹.

En Copiapó se está trabajando en el poblado inka-diaguita más grande del valle que, como el del Estadio de Ovalle, conoció el contacto hispánico. Nos referimos a Iglesia Colorada, a 120 km de la ciudad de Copiapó, sepultado por aluviones y las prácticas del riego por ténida. Todo indica que fue éste el primer poblado en Chile que contactó el Adelantado español Diego de Almagro, tras su desastrosa travesía de la cordillera. Otro centro incaico estaba en La Puerta y sus ruinas están situadas, como se dijo, en el ala izquierda de la quebrada.

En el Huasco, se ha encontrado un importante cementerio de aculturación inka-diaguita cercano al pueblo actual de Alto del Carmen, y parece que otros centros importantes estuvieron en Paitanas (donde asienta la actual ciudad de Vallenar) y en Freirina, curso inferior del valle.

Un rasgo cultural introducido en la zona por los inkas son los adoratorios de altura, con instalación de plataformas rellenas de tierra y ripio cercanas a las grandes cumbres andinas, preparadas para efectuar ritos solares con ofrendas de estatuillas de oro y plata ricamente ataviadas; estatuillas de camélidos y de hombres realizadas en conchas de *Spondylus* traídas de los mares tropicales; bolsas con *coca* y

¹¹ Castillo, G. comunicación personal.

encendido de fogatas, etc. En la Región de Coquimbo no se han encontrado sacrificios humanos, como los del cerro El Toro, en las cabeceras del Huasco, el Cerro El Plomo, frente a Santiago y el Monte Aconcagua, en territorio argentino.

Adoratorios de altura sin restos humanos se han explorado en el volcán Copiapó y en los cerros Doña Ana y Tórtolas, en las inmediaciones de uno de los ramales transversales importantes del Camino del Inka en el Norte Chico. Asociada a los pasos de La Deidad y Las Tórtolas, esta ruta ligaba los asentamientos de la vertiente del Pacífico con el valle de Iglesia, cabeceras del río Jachal donde había importantes estaciones inkaicas como Tocota, asociada al centro pre-inkaico de Angualasto. A menor altura, y en relación con una explotación minera al norte de La Serena, había un centro de significación en el área de Gualcunapirita, llamado Los Puntuados.

En cuanto a centros defensivos o fortalezas de la época de dominio inkaico, en el curso medio del valle de Copiapó se encuentra el *pukara* de Punta Brava, preexistente a la llegada del inka, pero ocupado por el invasor.

En los valles del Huasco, Elqui, Limarí y Choapa, en cambio, parece haber habido menor resistencia militar a la intrusión inkaica y no se han detectado hasta ahora *pukara* o fortalezas adscribibles a la Cultura Diaguita, salvo uno pequeño a orillas del mar al sur de la bahía de La Herradura, el "cucara" de Isote del Zorro, que deberá ser mejor estudiado en el futuro. Documentos antiguos hablan indirectamente de otro en el área de Tuqui, cuenca del Limarí.

La panoplia de los diaguitas contaba con armas ofensivas y defensivas. Entre las ofensivas se describen lanzas, dardos arrojadizos, arcos y flechas, hondas, macanas, galgas y ollas de fuego. Las galgas eran rocas relativamente grandes que echaban a rodar desde lo alto de los cerros sobre los enemigos, al paso de éstos por desfiladeros o angosturas. Entre las defensivas se deben considerar el propio *pukara* y cueros de animales que usaban como escudos y petos¹².

En Copiapó, la organización socio-política que se había alcanzado en la fase Diaguita 3 obedecía al parecer al

concepto de "señoríos duales" basados en una organización en "mitades", modelo común en el mundo andino tanto al este como al oeste de la línea de altas cumbres. Se cree que los centros de este sistema dual en el curso medio y superior del valle de Copiapó habrían sido, al momento del arribo de los españoles, los sitios de La Puerta e Iglesia Colorada, respectivamente. Al mando de cada "mitad" había un cacique o *kuraka* quien recibía un trato especial y podía tener varias esposas. Las sepulturas excavadas señalan diferencias de rango o estatus a través de la mayor o menor riqueza de sus ofrendas funerarias.

En cuanto al idioma, según el cronista Bibar cada valle tenía su propia lengua, o al menos, su propio dialecto, aspecto que contrasta con la homogeneidad alcanzada en las técnicas y cerámicas. Para entenderse con los naturales, los españoles lo hacían a través del quechua, el lenguaje oficial impuesto por los inkas en todo su vasto imperio.

Los escasos restos antropológico-físicos de los cementerios Diaguitas del valle de Elqui -y, en mucho menor medida, del Huasco- han permitido caracterizar físicamente a los portadores de la Cultura Diaguita. Según la Dra. Ericksen, los individuos masculinos eran de estatura mediana, cabeza grande y musculatura bien desarrollada. Aunque la mayoría de los cráneos masculinos exhumados presentan una deformación intencional -siendo especialmente popular la de tipo "tabular erecta"-, el cráneo no deformado era braquicefálico de bóveda baja; la cara ancha, ortognata, de órbitas medianas, nariz prominente de anchura mediana, de paladar ancho. Las mujeres eran de menor estatura y musculatura menos desarrollada y sólo algunos de sus restos presentan deformación craneana, tan frecuente entre los hombres¹³.

EL PERIODO TARDIO EN EL NOROESTE ARGENTINO

No está claro cómo fue aquí el tránsito del Período Medio al Período Tardío, en el cual se gestan modificaciones y ajustes de la estructura económica y social que desembocarán en los llamados desarrollos regionales.

Una vez desaparecido el predominio Aguada surgen en la subárea valleserrana varias culturas regionales tales como:

¹² Hidalgo 1989

¹³ Ericksen 1960.

San José, Hualfin, Angualasto o Sanagasta, cerca de la actual ciudad de La Rioja. Hacia el año 1000 -una vez superados los ajustes de complejos procesos de aculturación originados en los múltiples contactos interétnicos que sucedieron a la decadencia de Aguada- surge un nuevo tipo de interacción socioeconómica. Cambia la tecnología agraria e intervienen muchos factores para configurar sociedades diferentes. Las viviendas se concentran, dando paso a centros aglutinados donde la población permanecía reunida y comunicada. El medio rural aldeano se convirtió en un espacio territorial homogenizado que había que controlar y defender.

En los valles del Hualfin y Santa María a comienzos del Período Tardío aparece un tipo muy nuevo de instalación. En la Cultura Belén existe una primera etapa donde predominan las grandes casas-pozo de tipo comunal, que deben haber sido ocupadas por unas tres o cuatro familias.

Los poblados conglomerados -como Santa Rosa de Tastil, al norponiente de Salta- tienen una forma externa bien definida, con un muro de circunvalación a modo de estructura defensiva, o bien sacando partido de accidentes topográficos. La edificación es densa con vías de comunicación interiores. Son poblados de economías agrarias que están separados, sin embargo, de los campos de cultivo.

La presencia inka tuvo en la banda oriental de la cordillera una importancia muchísimo mayor que la que tuvo en el lado occidental. Construyó allí grandes centros administrativos, con todos los atributos que debían tener de acuerdo a la normativa del Cuzco y edificó *pukaras* o fortalezas de gran magnitud.

El camino Inka que unía estas instalaciones corría en el piedemonte oriental de la cordillera y alcanzaba hasta el valle del río Uspallata, cerca de Mendoza. De él salían ramales que se internaban hacia el oeste integrando una red vial inkaica con el camino de la oeste integrando una red comunicando valles. Se ha mencionado antes el camino que corría a lo largo del río Hurtado para unir Tocota, en el valle de Iglesia, con el centro administrativo del Estadio Municipal de Ovalle. Es así que en puntos al oriente de la cordillera se encuentran yacimientos arqueológicos con presencia Diaguita, y viceversa. Las influencias que han ejercido algunos estilos del Noroeste Argentino, como por ejemplo, el Inka Paya, se reflejan en la cerámica Inka-Diaguita del Elqui y del Limarí. Se podrían multiplicar los casos en que estas mutuas influencias se manifiestan en el período de aculturación y dominación inka, en formas y decoraciones, y también en contenido ideológico y religioso.

Museo Chileno de Arte Precolombino

REFERENCIAS

- AMPUERO, GONZALO
1978 Notas para el estudio de la Cultura Diaguita. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 16 pp.111-124.
- 1989 La cultura Diaguita Chilena (1200 a 1470 d.C.). En Hidalgo, J. et al. *Culturas de Chile Prehistórica, desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*. Ed. Andrés Bello, pp. 277-287.
- AMPUERO, GONZALO y MARIO RIVERA
1971 Secuencia arqueológica del alero rocoso de San Pedro Viejo de Pichasca (Ovalle, Chile). *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 14 pp.45-69.
- BALDINI, LIDIA
1992 La transición entre el Formativo medio y los desarrollos regionales en el área valliserrana del NOA. *Boletín del Museo Regional de Atacama* 4, Copiapó pp. 20-35.
- BIBAR, GERONIMO DE
1966 *Crónica y Relación Copiosa y Verdadera del Reyno de Chile* (1558) Fondo Histórico José Tombo Medina.
- CASTILLO, GASTÓN
1989 Agricultores y pescadores del Norte Chico: el Complejo Las Animas (800 a 1200 d.C.). En Hidalgo, J. et al. *Culturas de Chile Prehistórica, desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*. Ed. Andrés Bello pp. 265-276.
- CORNELY, FRANCISCO
1956 *Cultura Diaguita y Cultura de El Molle* Editorial del Pacífico, Santiago.
- FRICKSEN, MARY F
1960 Antropología física de restos óseos encontrados en cementerios de la Cultura Diaguita. *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 11 pp. 29-40.
- GONZALEZ, ALBERTO R.
1977 *Arte Precolombino de la Argentina* Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- GONZALEZ, ALBERTO R. y J. A. PEREZ
1971 *Primeras Culturas Argentinas* Filmediciones Valero, Buenos Aires.
- GONZALEZ, ALBERTO R. y L. BALDINI
1992 La Aguada y el proceso cultural del NOA: Origen y relaciones con el área andina. *Boletín del Museo Regional de Atacama*, 4 Copiapó pp. 6-24.
- GORDILLO, INÉS
1992 Investigaciones arqueológicas en La Rinconada, Catamarca *Boletín del Museo Regional de Atacama* 4 Copiapó pp. 57-69.
- HIDALGO, JORGE
1989 Diaguitas Chilenos Protohistóricos. En Hidalgo, J. et al. *Culturas de Chile Prehistórica, desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*. Ed. Andrés Bello pp. 289-295.
- IRIBARREN, JORGE
1958 Arqueología en el valle de Copiapó *Revista Universitaria* 35.
- LLAGOSTERA, AGUSTÍN
1977 Ocupación humana en la costa de Chile asociada a peces local-estintos y a litos geométricos: 9080 ±160 a.C. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, vol. 1 pp. 93-114 (Altos de Vilches) Ediciones Kultrún, Santiago.
- NIEMEYER, HANS; G. CASTILLO y M. CERVELLINO
1989 Los primeros ceramistas del Norte Chico: Complejo El Molle (0 al 800 d.C.) y En Hidalgo, J. et al. *Culturas de Chile Prehistórica, desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista*. Ed. Andrés Bello pp. 277-283.
- NIEMEYER, HANS; G. CASTILLO y M. CERVELLINO
1991 Los periodos Temprano y Medio en la cuenca del río Pulido, prov. de Copiapó, III Región de Atacama *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Santiago (1988) pp. 1-30.
- NIEMEYER, HANS; G. CASTILLO y M. CERVELLINO
1993 El distrito arqueológico de Cabra Atada, síntesis del desarrollo prehispánico en el valle del Pulido, Prov. de Copiapó *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena 1.2*, Temuco (1991) pp.163-188.
- NIEMEYER, HANS
1994 La prehistoria del valle del río Hurtado. En R. Inbarren (ed) *Río Hurtado, Historia y Tiempo*, volumen de homenaje a J. Inbarren, Municipalidad de Río Hurtado pp.16-83.
- OITTONELLO, MARTA y A. M. LORANDI
1986 *Introducción a la Arqueología y Etnología: Diez mil años de historia argentina* Ed. Universitaria de Buenos Aires.
- RAFFINO, RODOLFO
1982 *Los Inkas del Kollasuyu* Ed. Ramos Americana, La Plata.
- REES, CHARLES
1986 Cazadores recolectores en Chile central *Boletín de Antropología Americana* 14 pp. 83-101.
- SCHOBINGER, JUAN
1969 *Prehistoria de Sudamérica* Nueva Colección Labor.

Fernanda Falabella G.

**DOS PUNTAS TIENE EL CAMINO: ANTIGUAS RELACIONES
TRANSANDINAS EN EL CENTRO DE CHILE Y ARGENTINA**

LA CORDILLERA DE LOS ANDES COMO BARRERA

Hace por lo menos 13.000 años grupos humanos poblabon diversos sectores del valle central y sur de Chile. Dependían en parte de la caza de grandes animales como el mastodonte, la paleolama y el caballo americano, por lo que se organizaban en pequeñas comunidades familiares, de fácil movilidad, desplazándose constantemente por los llanos en los que habitaba esta megafauna. Se vivían las postrimerías de la era glacial, cuando las nieves eternas estaban tan bajas que impedían el paso a través de la Cordillera de los Andes. De ahí que esta última, así como el Océano Pacífico, actuaban como una barrera natural, imprimiendo a los movimientos de poblaciones humanas una forzosa dirección longitudinal.

Es difícil reconstruir la vida de estos grupos primordiales, conocidos como "paleoindios", porque se cuenta tan sólo con información de un sitio de matanza de megafauna en Chile central, Tagua-Tagua, y de un sitio habitacional casi mil kilómetros más al sur, Monte Verde, ambos muy diferentes entre sí¹. Sin embargo, el hallazgo de puntas con forma de "cola de pescado" en el primero de estos sitios sugiere que estos cazadores-recolectores participaban de una vasta tradición cultural que se extendía por la vertiente occidental de la cordillera desde el Ecuador hasta la Patagonia. La dispersión de estas puntas señala de algún modo que las bandas paleoindianas mantenían una red de contactos a través de la cual se mantuvo y se dispersó en una región muy vasta un determinado estilo de artefacto de caza, y que los hielos de la cordillera impidieron las relaciones directas entre grupos transandinos vecinos. Por otra parte, la peculiaridad de Monte Verde, con sus estructuras de madera, los espacios públicos y los abundantes restos de plantas silvestres de uso alimenticio y medicinal, indican que, al mismo tiempo, empezaban a operar mecanismos de adaptación local que fueron diferenciando poco a poco a algunas de estas poblaciones originarias.

LOS HIELOS DEJAN PASO A LOS HOMBRES

Hace unos 9.000 años, el clima y el paisaje comienzan a sufrir modificaciones sustanciales debido al deshielo que se produce en la era posglacial. Al situarse la línea de nie-

ves eternas a mayor altura, quedan disponibles nuevos espacios para el ser humano. Se acentúa una estacionalidad climática que impulsa a incursionar en verano a la precordillera y valles andinos, iniciándose una larga historia de contactos entre poblaciones de la vertiente occidental y aquellas transandinas, historia que llega hasta nuestros días.

La gente sigue organizándose en pequeñas bandas familiares, pero éstas, al ser de tamaño reducido, deben mantener una trama de relaciones interpersonales con bandas equivalentes por necesidades tan básicas como es disponer de un grupo mínimo de individuos del sexo opuesto para el matrimonio y la reproducción. Con este mecanismo se originan vastas redes de parentesco que facilitan los desplazamientos y a través de las cuales se canalizan los lazos de cooperación. No existen fronteras infranqueables; por el contrario, los límites territoriales son muy permeables y la extensión de las redes cubre aún centenares de kilómetros cuadrados.

Los modos de vida de esta época están estrechamente ligados al entorno; la gente se mueve en búsqueda de alimentos, generando sistemas alternativos de caza o recolección. Chile central, de marcada estacionalidad anual, estimula el uso alternado de los diferentes niveles altitudinales. En invierno la cordillera está cubierta de nieve y los animales bajan; escasean los frutos y raíces silvestres, pero se dispone de peces y moluscos en el litoral. En verano, el clima más seco impulsa a los camélidos a las veranadas cordilleranas mientras que lomajes y quebradas se llenan de vegetación. La vertiente oriental de la cordillera, aunque de características climáticas diferentes, estimula también el uso cíclico del espacio. En el invierno se colectan en el piedemonte los frutos de chañar y vainas de algarrobo. En verano, se sube a los valles interandinos a cazar guanacos. Como producto de este ritmo cíclico, al menos en una estación del año -el verano- empezaron a existir contactos entre poblaciones de ambas vertientes cordilleranas².

Una señal de estos contactos pueden ser las puntas de proyectil pedunculadas que caracterizan a la región entre el 8000 y 4000 a.C. Son instrumentos de caza cuya forma responde a un "estilo" particular de solucionar un problema técnico para enmangar y/o lanzar el arma. Para los arqueó-

¹ Núñez 1989, Dillehay 1984

² Gambier 1985

logos, esta unidad estilística refleja la transmisión de información entre grupos humanos relacionados o que comparten periódicamente territorios comunes. Se encuentran en la vertiente occidental desde el Norte Chico chileno (complejo Huentelauquén en la costa; aleros rocosos en el interior tales como El Salto) la zona central (sitio Curaumilla-1 en la costa; sitio Las Cenizas en la cordillera de la costa; sitio Cuchipuy en el valle central; sitio El Manzano 2 en la precordillera) para terminar en el sur (alero Quillén). Por la banda andina oriental, este tipo de puntas tiene una distribución similar, con gran frecuencia en San Juan y Mendoza (complejo La Fortuna) y algunas manifestaciones en Malargüe y Neuquén. Esta distribución señala que ciertos patrones culturales de las poblaciones de Chile central se estaban definiendo dentro del contexto de una gran tradición de los Andes del sur, donde la cordillera -lejos de constituirse en una barrera- actúa como una zona de articulación de grupos que vienen del oriente y el occidente.

Con el paso del tiempo se intensifica el uso de las plantas silvestres y se experimentan nuevas formas de prepararlas para facilitar su digestión. Esto queda reflejado en numerosos artefactos de piedra para mollienda, entre los que destaca la manufactura y uso de piedras-tacitas o morteros en roca destinados a un uso práctico y también ceremonial. Es en Chile central donde se ha encontrado un mayor número de estos artefactos. Hallazgos similares en San Juan y en Mendoza, así como en sitios de la costa del Norte Chico, indican que durante este tiempo siguen existiendo los lazos transandinos que se habían ido estableciendo con anterioridad, aunque ahora parecen cubrir un espacio más reducido. La cercanía y dependencia respecto de frutos, semillas y raíces silvestres familiariza a las poblaciones con el ciclo anual y la reproducción de los vegetales que les interesan. Surgen así los primeros experimentos que conducirán a estos grupos a domesticar plantas. Lo hacen a través del manejo y cuidado de las especies silvestres que, luego de muchas generaciones de relación, se traduce en cambios genéticos que significan un incremento en la productividad, pero sobre todo en un control del riesgo frente a la escasez ocasional de alimentos. En las cuevas de los Morrillos de Ansilta y en el Rincón del Atuel (centro-oeste de la actual Argentina) existe abundante evidencia de este proceso gradual de uso de cultígenos³. Desgraciadamente no se

cuenta con evidencia similar en Chile central debido a que el clima comparativamente más húmedo de esta zona ha destruido los restos orgánicos. No obstante los arqueólogos piensan que conocimientos de esta naturaleza fueron traslapados entre los grupos que compartían espacios andinos comunes.

Los aleros o abrigos rocosos situados en zonas semiáridas transandinas han conservado también textiles, cestos y hasta los cuerpos momificados en forma natural de estos pobladores. En los motivos de decoración de algunos de estos artefactos es posible apreciar que, al menos desde esa época, se plasman símbolos que relacionan al parecer la vida cotidiana con mitos y creencias que la investigación aún no está en condiciones de dilucidar. Este rico mundo simbólico que se deduce de los artefactos de la vertiente andina oriental pudo ser compartido con grupos de este lado de la cordillera, así como lo fueron las técnicas y estilos de artefactos ya referidos. Los sistemas de creencias suelen arraigarse fuertemente y tienden a resistir los embates de las variaciones ambientales, políticas y económicas. Algunas semejanzas en los motivos representativos posteriores al este y oeste de los Andes parecen derivarse de esta tradición compartida, aflorando a lo largo de la historia de diversos pueblos, aún en momentos de distanciamiento.

LA GENTE SE APEGA A SU TIERRA

El largo período Arcaico cristaliza en la organización de sociedades más sedentarias. La movilidad cede paso a un sistema de permanencia prolongada en los asentamientos que, en las regiones más australes (al sur de la zona central de Chile y Mendoza en Argentina), no llegan a constituir aldeas sino caseríos familiares dispersos. De acuerdo a los antecedentes ambientales y de organización de los sistemas económicos con que se cuenta, estos grupos no requerirán desplazarse tanto para su abastecimiento básico como lo hacían sus predecesores. Sin embargo, pese a la concentración de las actividades de cada sociedad en sus territorios, y a la individualidad de cada una, se detectan una serie de similitudes que entrecruzan las manifestaciones culturales de los grupos del "área andina meridional". Esto es consecuencia en parte del antiguo sustrato cultural común, ya mencionado, pero también de la mantención de relaciones

³ Gambier 1977 y Lagiglia 1978, respectivamente.

intersociales de larga distancia a través del tiempo. Seguramente la naturaleza de las interacciones es en esta época diferente a las anteriores; probablemente se trata de relaciones orientadas más a lo social y ritual que a lo estrictamente económico.

Arqueológicamente, se conoce a esta época como Período Alfarero Temprano y coincide con la aparición de artesanías como la cerámica y los objetos metálicos que implican el desarrollo de nuevas tecnologías. Se reconocen diversos grupos sociales, cada uno con una identidad y cultura particulares. Entre otras cosas éstas se ven reflejadas en sus formas de vida, en el uso que dan al espacio, en la construcción de sus viviendas, en la manera que fabrican sus artefactos, en el modo en que entierran a sus muertos.

En Chile central coexisten al menos dos grupos culturalmente diferenciados, Bato y Llolleo. De acuerdo a las fechas disponibles, el primero se desenvuelve entre el 320 a.C. y 910 d.C., y el segundo, entre 90 a.C. y 750 d.C. Esta situación de diversificación cultural en la región es una característica general de esta etapa de desarrollo, pero tiene lugar especialmente en zonas donde ocurren fusiones e interacción cultural.

Chile central parece ser, en esta época, una zona de frontera en la que se mezclan tradiciones del norte y del sur. La tradición nortina está asociada a un mayor desarrollo en el trabajo de los metales, al uso de *tembetá* (adorno labial) y al manejo de camélidos. Incluye los valles semiáridos de la cuenca del Choapa y, en general, del Norte Chico (grupos del complejo Molle), San Juan (Ansilta, Punta del Barro y Calingasta) y Mendoza (Agrelo). La del sur conforma una gran esfera estilística en la que elementos decorativos -la representación de la figura humana y la simbología del jarro-pato, por ejemplo- reflejan una fuerte articulación de la población Pitrén (sur de Chile y Argentina) con la cultura Llolleo. Pero, por otra parte, los motivos de su cerámica, realizados con técnica negativa, hablan de un nexo con la tradición Bato. Es importante destacar que estas culturas de Chile central, además de participar en redes de interacción social diferentes, tienen un sistema interno de relaciones en la región merced a la cual se funden y transforman muchos patrones de los sistemas antes aludidos.

Son tiempos en que la cordillera de la zona central se ha constituido en una genuina frontera ya que efectivamente separa a las sociedades que viven de un lado y del otro. Con todo, ésta sigue siendo una vía de comunicación a través de la cual transitan personas, se producen intercambios y fluye la información. En el sur, donde las cumbres de la cordillera son bajas y existen pasos expeditos durante gran parte del año, se configuró un sistema social íntimamente articulado, que incluye las zonas lacustres al oriente y occidente de la cordillera y que se expresa arqueológicamente en la existencia de una cultura común que los especialistas denominan Pitrén.

En las periferias de estos sistemas se produce un concañamiento de interacciones que ligan lugares muy apartados donde vivían grupos que probablemente nunca llegaron a tener un contacto directo. Por lo tanto no debe extrañar encontrar aquí elementos culturales como el *tembetá*, representaciones antropomorfas que recuerdan a las del altiplano de Chile o prácticas funerarias como el entierro en urnas, propio de algunas culturas de Argentina y las tierras bajas orientales.

No es fácil identificar los mecanismos de interacción específicos entre estas culturas arqueológicas, ya que seguramente obedecen a una intrincada red de relaciones que tienen lugar en diferentes niveles, con distintas intensidades y que se distribuyen diferenciadamente en el tiempo y el espacio. Complica aún más el panorama la escasez de estudios arqueológicos dirigidos a entender las situaciones de contacto manifiestas en las evidencias de interacción. El mayor problema radica en distinguir los elementos que se asemejan por simple paralelismo de aquellos que son el resultado del contacto social. Las técnicas de decoración modelada, incisa, punteada y al pastillaje, por ejemplo, son un denominador común para la mayoría de estas culturas. Es muy probable que cualquier sociedad alfarera inicial canalice su creatividad de esta forma por la novedad que significan las posibilidades plásticas y reversibles de la greda, cualidades que la diferencian sustancialmente de otros soportes rígidos como la piedra y la madera. En cambio, similitudes que son a la vez estilísticas e iconográficas pueden reflejar con mayor probabilidad una participación en sistemas de significados comunes.⁵

⁵ Sackett 1990, Earle 1990.

Entre los elementos de la iconografía más generalizados de este período están las representaciones de animales y seres humanos. En el noroeste argentino estos motivos han sido interpretados como parte de un complejo de significados vinculados a una concepción mítico-religiosa⁵. Esta es frecuentemente expresada en términos duales, por ejemplo a través de hibridación de animales, seres mitad humanos mitad animal, figuras anatómicas, representaciones bipartidas, oposición de figuras antípodas u otras oposiciones binarias. La frecuencia con que aparecen estos conceptos en objetos empleados en el consumo ritual de alucinógenos, tales como pipas, morteros y fuentes decoradas, ha llevado a algunos autores a sugerir que parte importante de estas manifestaciones serían la expresión material del así llamado complejo chamánico americano en culturas tempranas como Tafi, en las cabeceras del río Dulce (Tucumán) o Condorhuasi y Ciénaga en el río Belén, Catamarca.

En Chile central (Llolleo) y en el centro-sur de Chile y Argentina (Pitrén) encontramos una serie de representaciones antropomorfas y zoomorfas que, al igual que en el Noroeste Argentino (véase pág. 89), se vincularían a artefactos simbólicos, algunos de ellos de uso ritual. Se da una estrecha asociación entre estas representaciones y los jarros de contorno asimétrico, los que, como refiere Latcham, son las vasijas que usan los mapuche en la ceremonia del *nguillatun*⁶.

Dillehay y Gordon, por su parte, han interpretado la iconografía del jarro-pato o *ketru metaue* como símbolo del cambio que experimenta la mujer mapuche actual al casarse y en general con motivo de las denominadas "crisis de vida": pubertad, matrimonio, alumbramiento y muerte. La asociación de lo femenino con el pato derivaría del profundo conocimiento que poseen los mapuches sobre el comportamiento del *ketru* volador, un ánade con hábitos peculiares de emparejamiento, defensa territorial y cuidado de las crías⁷.

La figura del "pato", el concepto simbólico de la preocupación de éste por sus crías y la asociación a lo femenino, están claramente representados en algunos *ketru metaue* arqueológicos de filiación Pitrén (véase pág.91). Las vasijas presentan alas y cola de ánade; exhiben, además, pechos

de mujer y llevan una cría en la espalda. No obstante, aquello que para el mapuche histórico es asociación de ave-mujer, en Pitrén aparentemente se amplía a un complejo ave-rana-mujer que incluía también otras clases de vasijas, tales como los jarros con asa-mango. Esto puede relacionarse con la representación de la figura humana propia del Pitrén de Chile, la que suele tener únicamente tres dedos. Se relacionaría también con las figuras de ranas de cuerpo entero o de caras en las asas de vasijas de greda. Refuerza esta interpretación el carácter sagrado que tienen, para los mapuche, ciertas especies de ranas y sapos que habitan sitios pantanosos y de vegas: en sus creencias, estos animales anunciarían los cambios atmosféricos⁸.

Algunas de estas representaciones, en especial las humanas, aparecen por pares. Este rasgo vuelve a plantear el tema de la dualidad en estas sociedades meridionales, tan característica de los Andes. Los jarros asimétricos tienen el asa bifurcada, presentando allí dos caras gemelas (es el caso de vasijas Llolleo y Pitrén). Los jarros simétricos, por su parte, muestran motivos modelados humanos en las caras opuestas del cuerpo de la vasija como los hallados en el sitio El Mercurio, en Santiago. El dualismo se puede deducir también a través de representaciones no gemelas en los dos golletes de una vasija (Llolleo), en vasijas de cuatro cuerpos (Pitrén) y en esculturas bifidas (sur de Chile).

Los grupos portadores de cerámica Bato manejan una iconografía muy diferente. Las representaciones de plantas y animales se manifiestan en vasijas en forma de calabazas tipo mate (*Lagenaria* sp.) y de camélidos. Estas vasijas recuerdan las figuras de los valles del Limari y Choapa, pero no tienen una contrapartida clara en culturas del otro lado de la cordillera. En cambio sí comparten con ellas algunos motivos incisos lineales-punteados y otros efectuados con técnica de pintura negativa en la alfarería.

Los motivos incisos Bato más frecuentes consisten en un campo triangular o rectangular lineal que enmarca una zona punteada. En Argentina, las evidencias más tempranas de este recurso decorativo se encuentran en la cultura San Francisco, en el valle homónimo, para luego manifestarse en la fase Diablo de Condorhuasi, fase La Manga de Ciénaga, fase Punta del Barro del valle de Iglesia y -en fecha más tardía- en Calingasta y en las sierras de San Luis y

⁵ González 1974.

⁶ Latcham 1924:516

⁷ Dillehay y Gordon 1979

⁸ Guevara 1929:399

Córdoba⁹. Dos aspectos interesantes son que en la vertiente pacífica de la cordillera estos incisos son especialmente frecuentes en el interfluvio Choapa/Aconcagua y que es justamente Bato la cultura que está mejor representada en los aleros precordilleranos, al menos hasta la cuenca del río Maipo. El uso de hierro oligisto como pigmento -común tanto a la cerámica Bato como a la Llolleo (véase pág. 93)- es, en cambio, relativamente escaso en la vertiente andina oriental.

Las principales vías de comunicación transcordilleranas para estos grupos son la que une los valles de la cuenca del Choapa con el valle de Calingasta y la que vincula el valle del Aconcagua con el de Uspallata. Al parecer estamos frente a un sistema de movilidad que involucra desplazamientos temporales de grupos del piedemonte argentino y de los valles y costa chilenos a las alturas cordilleranas. Esta idea se sustenta en el hallazgo de ocupación Bato y Molle en los valles interandinos argentinos, en zonas que también ocupan los grupos Punta del Barro, Calingasta y Agrelo. En San Juan, Gambier ha encontrado evidencias de grupos molle enterrados con ofrendas de conchas de loco (*Concholepas concholepas*)¹⁰. Schobinger, por su parte, describe materiales Molle encontrados en el valle de Uspallata (Mendoza)¹¹. En este mismo lugar García ha rescatado fragmentos claramente asignables a grupos Bato¹².

Pese a que los motivos de esta alfarería hallada en Argentina son similares a la de Chile, es importante hacer notar que la configuración general del diseño, así como el estilo formal de las vasijas, la técnica del inciso y los modos de factura son diferentes. Las similitudes anotadas probablemente se originan en el manejo de símbolos comunes y las diferencias obedecerían a que cada cultura los expresa de acuerdo a sus propias pautas estilísticas.

El caso de los motivos negativos realizados con técnica de pintura resistente es diferente. Esta se utiliza en diversas culturas de este período en el área andina meridional, tales como las culturas Vaquerías y Condorhuasi del Noroeste Argentino, la tradición Bato de Chile central y la tradición Pitirén del sur de Chile y Argentina. Algunos autores piensan que la técnica es demasiado compleja para haber sido inventada en forma independiente por culturas diferentes. Esta técnica requiere cubrir el motivo que se

desea representar con cera u otro material adherente, luego ahumar la pieza en el horno y con el calor derretir la cera, para finalmente dejar al descubierto el color del fondo. Es importante, sin embargo, reconocer que los motivos son similares sólo entre la alfarería Bato y Pitirén. Estos consisten en líneas paralelas convergentes que a veces enmarcan campos con círculos. En las culturas del noroeste de Argentina los motivos son más complejos. En Pitirén la técnica también se utilizó para producir improntas de hojas, siendo éste un rasgo muy particular de las poblaciones del sur¹³.

En relación a los contactos transcordilleranos, los grupos Llolleo parecen tener un ámbito más meridional de desplazamientos. En la cuenca del Cachapoal, al menos, se encuentran ocupaciones precordilleranas que pueden reflejar puntos de paso en el tránsito hacia el oriente. Y en Malarigüe (Argentina) Lagiglia ha rescatado una vasija asimétrica con decoración estrellada de clara filiación estilística Llolleo¹⁴. Este elemento iconográfico tiene una amplia dispersión geográfica en la zona central de Chile, desde el río Choapa hasta el Mataquito (véase pág. 93).

Además de estos nexos iconográficos y estilísticos entre Chile y Argentina, existen en este tiempo otras similitudes culturales. Entre las más notables se debe mencionar la utilización de urnas funerarias de cerámica y adornos labiales o *tembetás*. El uso de urnas para el entierro de niños es una característica de la funebria Llolleo que simula prácticas equivalentes de grupos Ciénaga, en el río Belén (Catamarca) y Candelaria, en la cabecera de los valles tucumanos que conectan con las tierras bajas del Chaco (véase pág. 67). El uso de *tembetás* es una característica de los grupos Bato, característica que comparte con Molle en Chile y con Condorhuasi, Agrelo y Pitirén al otro lado de los Andes. Es muy importante tener presente, empero, que el estilo de estos objetos difiere entre culturas.

Interpretar esta trama de similitudes, recurrencias y divergencias resulta de suyo difícil porque existen diferentes posibilidades de explicación: desde similitudes producto de un substrato cultural prealfarero común, hasta una difusión que implicaría la invención de cada uno de estos rasgos en un lugar único y su expansión -vía redes de "imitación"- en una amplia esfera del mundo andino meridional.

⁹ Fernández Distel 1988:89, González y Pérez 1971, Gambier 1992

¹⁰ Gambier 1977:b

¹¹ Schobinger 1974:76

¹² García, comunicación personal

¹³ Castro 1990

¹⁴ Lagiglia, comunicación personal

En este período los grupos habrían sido equivalentes en términos de poder político y no habría existido un foco determinante de pautas culturales. Sin duda, debieron haber formas de prestigio especiales en algunos de ellos, análogas quizás a las que existen hoy en día entre grupos tribales simples de Sudamérica. Y en relación a esos factores de mayor prestigio, ellos pudieron constituirse en foco de emulación por parte de otros grupos culturales miembros del sistema. La institución del chamanismo, por ejemplo, es uno de los factores que pudo desempeñar un papel importante en esto. En el Noroeste Argentino está bien documentada la fuerza del complejo chamánico y el empleo de sustancias alucinógenas desde inicios del Período Temprano (véase pág.55). Actualmente este complejo subsiste, entre otros, en los Tukano del Amazonas colombiano y los Shipibo-Conibo de la ceja de selva en el actual Perú, reflejándose muchas veces en la decoración de los objetos¹⁵. En Chile central no disponemos de evidencias arqueológicas y etnográficas que puedan fundamentar algo semejante. Sólo las pipas encontradas en sitios habitacionales insinúan el posible uso de estas sustancias.

LA REGIONALIZACION DE LOS DESARROLLOS CULTURALES

Entre el 700 y 1000 d.C. el Área Andina Meridional sufre una serie de transformaciones. Las culturas posteriores a esa gran esfera de interacción que fue Aguada en el noroeste argentino, así como el impacto de esta sociedad en la cultura Animas en el Norte Chico, marcan una época de transición que sienta las bases para la consolidación de los desarrollos regionales posteriores¹⁶. Se trata de un proceso de reestructuración del orden social prevaleciente hasta entonces. Para la mayoría significó elevar los grados de complejidad sociopolítica y perceptibles incrementos en el monto de la población. Los desarrollos regionales de Argentina están representados por las culturas Santa María y Belén en la subárea valleserrana septentrional; por Sanagasta/Angualasto en La Rioja y San Juan (subárea valleserrana meridional) y por la cultura Viluco en la subárea centro-sur (Mendoza). En Chile este período está representado por la cultura Diaguita del Norte Chico (véase pág. 69) y la Aconcagua en el interfluvio Aconcagua-Cachapoal. Más al sur se vive un proceso de cambio similar, aunque

contamos con pocos datos arqueológicos para evaluar la situación. En todo caso, este proceso cristaliza más tardíamente en la tradición alfarera "centro-sur"¹⁷ reconocible desde el Cachapoal al Maule, y en el complejo El Vergel, presente entre las cuencas del Bío-Bío y el Toltén.

Se vive en esta época un proceso de diferenciación cultural, que sugiere una mayor independencia y un menor contacto entre las diferentes poblaciones. Sin embargo, a juzgar por las características de la alfarería, es probable que existieran lazos indirectos entre todas estas culturas. Cada una maneja motivos, configuraciones de diseños y un complejo iconográfico que le son peculiares. Por sobre estas diferencias, empero, comparten una nueva tendencia estilística que representa un cambio respecto al período anterior: desde lo naturalista y del realismo representativo a lo abstracto y a la geometría lineal; de la tridimensionalidad de lo plástico a la pintura bidimensional. La relativa contemporaneidad de los eventos y el hecho de que los cambios representen una misma tendencia estilística en una amplia variedad de culturas, favorece la impresión de que hubo nexos históricos entre ellas. Serían estos nexos los que habrían generalizado dicha tendencia a ambos lados de la cordillera.

La cerámica Aconcagua de Chile central participa de este vuelco estilístico. Cambian las formas y las decoraciones. De todo el contexto alfarero destacan una alfarería de pasta anaranjada con decoraciones en negro, rojo y negro, o blanco, negro y rojo, y otra de pasta café-rojiza, con engobe y decoración rojos. La primera (tipo Aconcagua Salmón) tiene un estilo muy definido. Los motivos decorativos se configuran a partir de un número finito de elementos y a la vez son dispuestos en la pieza de acuerdo a modelos tripartitos y cuatripartitos. El ejemplo más elocuente de la tripartición es la figura del trinacrio y de la cuatripartición, las cruces y las bandas diametrales. En el caso de la cerámica Rojo Engobado, se utiliza sólo la cuatripartición. De acuerdo a varios autores, la integración de estos dos modelos surgen de una estructura dual de ordenar el mundo y la sociedad¹⁸.

En la configuración del patrón estilístico Aconcagua se reconocen componentes locales y foráneos¹⁹. En lo local destaca el motivo del trinacrio²⁰. Los componentes foráneos

¹⁷ sensu Latcham 1928

¹⁸ Thomas y Massone 1994; Sánchez 1993; Durán et al. 1991

¹⁹ Massone 1978

²⁰ Para una visión alternativa que establece relaciones entre el trinacrio Aconcagua y figuras de Incahuasi y La Poma, ver Latcham 1928.

¹⁵ González 1974; Reichel Dolmatoff 1978; De Boer 1930

¹⁶ Baldini 1992

provenientes de la región Diaguita de Chile y del Noroeste Argentino. El primero ingresaría a través de rutas longitudinales costeras y del interior por el occidente de los Andes; el segundo implica nexos transandinos indirectos que entran a través de la población Diaguita del Norte Chico o de las poblaciones del centro-oeste argentino²¹.

En la vertiente oriental de la cordillera de los Andes se encuentra cerámica Aconcagua en valles interandinos y en el piedemonte, desde el valle de Uspallata por el norte, pasando por la zona de San Carlos y San Rafael (Mendoza), hasta el Rincón del Atuel por el sur. La presencia de esta cerámica en el poblado de altura "Indígena" con 152 recintos pircaados, a 3400 metros de altura, en las cercanías del volcán Overo, entre desechos de ocupación de una cultura de cazadores estacionales locales, hace pensar a Lagiglia que se trata cerámica intrusiva proveniente del lado occidental de la cordillera²². Esto constituiría una modalidad de contacto derivado del desplazamiento de pequeños grupos Aconcagua al oriente por actividades económicas. Pero es factible que haya existido otro tipo de contacto, indirecto, que tenga que ver con el traspaso de ideas, conceptos, símbolos y significados como lo sugiere la decoración de la alfarería. Motivos tales como los triángulos con pestañas, grecas y triángulos escalonados, aparecen en diferentes culturas de la época. Nuevamente se tiene aquí el problema de si esto responde a invención independiente o a contactos históricos. En la iconografía de la cultura Santa María (Catamarca), por ejemplo, parecen reconocerse representaciones humanas y de animales en sus elementos decorativos geométricos que sin duda remiten al mundo mítico local²³. Aunque no podemos extrapolar significados a grupos espacialmente tan alejados ni negar la posibilidad de creaciones paralelas, tampoco podemos desestimar la movilidad que tuvieron algunos grupos vecinos a Chile central como los diaguitas. Ellos interactuaron con grupos del centro-oeste y con los grupos Aconcagua y pudieron constituirse en el puente que articulaba los cambios que se estaban produciendo a ambos lados de los Andes. Las últimas investigaciones bioantropológicas de Chile central están mostrando la existencia de relaciones genéticas entre las poblaciones Diaguita y Aconcagua²⁴ que permiten entender las similitudes culturales que se manifiestan entre ambos desde las etapas iniciales del desarrollo y que, por lo demás, subsisten hasta la llegada de los españoles.

De lo anterior se desprende que el sistema de interacción sufre modificaciones en el Periodo Tardío. La cuenca del Choapa se integró plenamente a la esfera Diaguita del Norte Chico la que incluyó probablemente zonas tan meridionales como los valles de La Ligua y Petorca²⁵ y facilitó la mayor interacción de grupos del Norte Chico y Chile central que la que tuvo lugar en el periodo anterior. Pero quizás lo más significativo, es que estos grupos actuaron como enlaces y fueron aparentemente los responsables de los vínculos intersociales más distantes insinuados por los materiales arqueológicos. Otra modificación es que disminuye la importancia de los nexos transcordilleranos, a la vez que aumentan las relaciones a lo largo de la vertiente occidental de la cordillera.

EL NUEVO ORDEN DE LOS INKAS

En el siglo XV surge una nueva situación con la llegada de grupos ligados al imperio de los Inkas (véase pág. 97). Se produce un fuerte impacto en distintas esferas del quehacer social y se reorganiza la red de relaciones en función de la integración de los grupos locales a la institucionalidad de este imperio o *Tawantinsuyu*. Las redes de interacción no sólo se amplían, sino que cambian sustancialmente de sentido, insertando a los grupos de Chile central en una malla político-administrativa sin precedentes en la región. Por cierto, los inkas no anulan la identidad étnica ni la cultura de las poblaciones locales, pero las redes de interacción cambian de escala y de naturaleza. La mayor parte de la población local pudo mantener su sistema de relaciones intersociales preexistente sin mayor alteraciones. Los *kurakas* o dirigentes étnicos, en cambio, pasaron a integrar una red de vínculos entre élites que podían relacionarlos incluso con el Inka del Cuzco. Tal fue el caso de un personaje histórico como Michimalongo, quien, como *kuraka* de la mitad superior del valle de Aconcagua, fue invitado a la capital del Imperio. Otra expresión de vínculos directos con el Inka fue la participación en la *capacocha*. El soberano hacía llevar al Cuzco las *uakas* o deidades principales de cada pueblo conquistado desde todos los confines del Imperio para realizar una gran ceremonia en la plaza y templo mayor de la ciudad. Se trataba de un ritual religioso que servía estratégicamente para integrar pueblos y consolidar lazos de reciprocidad. Al finalizar la

²¹ Massone 1978

²² Lagiglia 1977

²³ En Serrano 1966 se puede apreciar una síntesis gráfica de motivos Santamarianos

²⁴ Quevedo, comunicación personal

²⁵ Rodríguez et al 1994

ceremonia, se distribuían ofrendas para los santuarios regionales y, en algunos muy especiales, se realizaban sacrificios de niños. La cima del Aconcagua y del cerro El Plomo, dos conspicuas cumbres de Chile central, fueron escenario de estas prácticas rituales, como consta por las momias y ofrendas encontradas allí.

Al mismo tiempo se produce un proceso de aculturación con transformaciones de diferente grado. Se instalan grupos foráneos (*mitimae*) dedicados a promover la cultura y lengua quechua o *runasimi*; se establecen relaciones de trabajo de las comunidades locales en función de extracción de recursos mineros para el Inka; se introducen innovaciones tecnológicas; se intensifica el uso de los suelos agrícolas para producir grandes cantidades de alimentos almacenables que los *kurakas* andinos necesitaban para retribuir las prestaciones colectivas de trabajo y para mantener los ejércitos; y se construyen fortalezas en puntos claves de control.

También los inkas organizan y construyen un vasto sistema vial. Este sistema contemplaba uno o más caminos longitudinales por las vertientes oriental y occidental y ramales transversales que franqueaban en múltiples lugares la cordillera de los Andes²⁶. Los puntos más meridionales de este camino se han detectado en el valle de Uspallata, en Argentina y al norte del río Chachapual en Chile²⁷. Stehberg considera que "La mayor envergadura de las instalaciones de los ramales transandinos que los de la ruta longitudinal sugirió que el tráfico por aquellos fue mayor. Además, estos ramales conectaban con el Camino Inca Longitudinal del noroeste argentino y con los principales centros administrativos transandinos como Shincal en Catamarca y Tambería del Inca en Chilecito"²⁸. Nuevamente la cordillera deja de ser una frontera, pasando a constituirse en un eje de desplazamientos y vínculos intersociales. Esto se ajusta bien a la naturaleza altoandina de los inkas, con la estrategia administrativa que descansaba en el traslado de poblaciones para el efectivo anexamiento territorial e integración cultural y con su orientación ideológica.

En este proceso de aculturación los Diaguitas siguen jugando un rol gravitante para Chile central y el centro-oeste argentino. Los restos arqueológicos indican que probablemente fueron *mitimae* Diaguitas inkaizados los

que pasaron al sur del Aconcagua, así como a La Rioja, San Juan y Mendoza. Lorandi considera que estas regiones argentinas participaban más de la esfera chilena que de la del resto del Noroeste Argentino²⁹. Los estilos tardíos de Mendoza (Viluco), así como algunas decoraciones tardías Aconcagua señalan también fuertes componentes Diaguitas.

La participación tan activa de las culturas del Norte Chico durante este proceso oscurecen las relaciones directas que pudieron existir entre los vecinos transandinos meridionales. La arqueología aún no ha podido aclarar, por ejemplo, cómo se configuraron las relaciones Viluco-Aconcagua. La existencia a ambos lados de la cordillera de estilos en parte similares es sugerente de relaciones directas. Sin embargo, es factible que éstas se inicien sólo a partir de la presencia inkaica.

EPILOGO

Cuando llegan los españoles, los cronistas de la época relatan frecuentes viajes transcordilleranos para las poblaciones huarpes de Cuyo y destacan las similitudes culturales entre éstos y los habitantes de los valles de Aconcagua y Mapocho. Estos antecedentes seguramente sirvieron a Pedro de Valdivia para implementar la estrategia de traslado de indígenas huarpes a trabajar en encomiendas en el lado chileno³⁰. La larga tradición de contactos transandinos servía así de herramienta en la consolidación de la conquista hispana. Pero por cierto la historia no terminó ahí. Arrieros y baqueanos, habitantes actuales de los Andes, han perpetuado un sistema transhumántico que trasciende el límite entre las actuales repúblicas de Chile y Argentina. Estos seculares movimientos demuestran que la cordillera -lejos de ser una frontera y menos una barrera- fue y es todavía una vía de relación para los pueblos de uno y otro lado del macizo andino.

²⁶ Stehberg 1993

²⁷ Stehberg 1993, Planella *et al.* 1993.

²⁸ Stehberg 1993, 328

²⁹ Lorandi 1993

³⁰ Michieli 1985

Museo Chileno de Arte Precolombino

REFERENCIAS

- BALDINI, LIDIA
1992 La transición entre el formativo medio y los desarrollos regionales en el área Vallesana del N.O.A. *Boletín del Museo Regional de Atacama* (4): 26-85.
- CASTRO, VICTORIA
1990 *Artífices del barro*. Museo Chileno de Arte Precolombino Santiago.
- DEBOER, WARREN R.
1990 Interaction, imitation and communication as expressed in style: the Cayali experience. En *The uses of style in archaeology*, ed. by Margaret W. Conkey, y Christine A. Hastorf, pp. 82-104. Cambridge University Press, Cambridge.
- DILLEHAY, TOM
1984 A late ice-age settlement in southern Chile. *Scientific American*, 251 (4): 166-113.
- DILLEHAY, TOM y AMERICO GORDON
1979 El simbolismo en el ornitiformismo mapuche: La mujer casada y el 'kernu metawe'. *Actas del VII Congreso de Arqueología Chilena*, 1977, Alto de Volcans.
- DURAN, ELIANA, MAURICIO MASSONE y CLAUDIO MASSONE
1991 La decoración Aconcagua: algunas consideraciones sobre estilo y significado. *Actas XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, 11, pp. 61-87. ANEP, SCHA, Santiago.
- EARLE, TIMOTHY
1990 Style and iconography as legitimation in complex chiefdoms. En *The uses of style in archaeology*, ed. por Margaret W. Conkey, y Christine A. Hastorf, pp. 74-81. Cambridge University Press, Cambridge.
- FALABELLA, FERNANDA y M. TERESA PLANELLA
1980 Secuencia cronológico-cultural para el sector de desembocadura del río Maipo. *Revista Chilena de Antropología*, N.º 4: 87-107.
- FERNANDEZ DISTEL, ALICIA
1988-89 Ubicación temporal, a través de nuevos fechados radiocarbónicos del complejo cerámico San Francisco, Jujuy, Argentina. *Paleoetnología*: 191-204.
- GAMBIER, MARIANO
1977a Excavaciones arqueológicas en los valles interandinos de alta cordillera. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, Vol. II, pp. 519-530. Ediciones Kultrun, Santiago.
- 1977b *La cultura de Ansilta*. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Fac. Filosofía, Humanidades y Artes, Universidad Nacional de San Juan, San Juan.
- 1985 *La cultura de Los Morrillos*. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Fac. Filosofía, Humanidades y Artes, Universidad Nacional de San Juan, San Juan.
- GAMBIER, MARIANO
1992 Secuencia cultural agropecuaria prehispánica en los valles preandinos de San Juan. *Publicaciones Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo UNSJ* 18: 1-23.
- GONZALEZ, ALBERTO REX
1974 *Arte, estructura y arqueología*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- GONZALEZ, ALBERTO REX y JOSE ANTONIO PEREZ
1971 Primeras culturas argentinas. Film ediciones Valero, Buenos Aires.
- GUEVARA, TOMAS
1929 *Chile prehistórico*. Tomo I. Universidad de Chile, Santiago.
- LAGOGLIA, HUMBERTO
1977 Dinámica cultural en el centro oeste y sus relaciones con áreas alejadas argentinas y chilenas. En *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*, pp. 531-560. Ediciones Kultrun, Santiago.
- 1978 El proceso de agroculturización del sur de Cuyo: la cultura del Atuel II. *Actas V Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, San Juan.
- LATCHAM, RICARDO
1928 *La alfarería indígena*. Editorial Universo, Santiago.
- 1929 La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos. *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*, III-12, 3 y 4) pp. 245-808.
- LORANDI, ANA MARIA
1993 Evidencias en torno a los mitnaujana incaicos en el noroeste argentino. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena LI*, Temuco (1991) pp. 245-250.
- MASSONE, MAURICIO
1978 *Los tipos cerámicos del complejo cultural Aconcagua*. Tesis de Arqueología, Universidad de Chile, Santiago.
- MICHELI, CATALINA TERESA
1983 *Los huarpes protohistóricos*. Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo UNSJ, San Juan.
- NÚÑEZ, LAUTARO
1989 Los primeros pobladores (20000 a 9000 a.C.) En Hidalgo, J. et al. *Culturas de Chile: Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la Conquista* Ed. Andrés Bello pp. 15-32, Santiago.
- PLANELLA, M. TERESA y FERNANDA FALABELLA
1987 Nuevas perspectivas en torno al Período Alfarero Temprano en Chile central. *Revista Clava* N.º 3: 45-110. Sociedad Fonck, Viña del Mar.
- PLANELLA, M. TERESA, RUBEN STEHBERG, BLANCA TAGLE, HANS NIEMEYER y CARMEN DEL RIO
1995 La fortaleza indígena del Cerro Grande de la Compañía (Valle del Cachapo) y su relación con el proceso expansivo meridional incaico. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena LI*, Temuco (1991) pp. 403-422.
- REICHEL-DOLMATOFF, GERARDO
1978 *El chaman y el jaguar*. Siglo Veintiuno Editores, México.
- RODRIGUEZ, JORGE, C. BECKER y L. SOLE
1994 Cementerio de Valle Hermoso - 2. Taller de Arqueología de Chile central.
- SACKETT, JAMES R.
1990 Style and ethnicity in archaeology: the case for isochronism. En *The uses of style in archaeology*, ed. por Margaret W. Conkey, and Christine A. Hastorf, pp. 32-43. Cambridge University Press, Cambridge.
- SANCHEZ, RODRIGO
1993 Prácticas mortuorias como producto de sistemas simbólicos. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena LI*, Temuco (1991) pp. 263-278.
- SCHÖNINGER, JUAN
1974-1976 El enterrotero de (Spallarta-Ustina-Sur (Prov. Mendoza): estudio de su ajuar funerario. *Anales de Arqueología y Etnología*, pp. 67-89. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- SERRANO, ANTONIO
1966 *Manual de cerámica indígena*. Editorial Assandri, Córdoba.
- STEHBERG, RUBEN
1993 Estructas del dominio incaico en el Chile semiárido y la frontera sur-occidental. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena LI*, Temuco (1991) pp. 317-332.
- THOMAS, CARLOS y CLAUDIO MASSONE
1994 Complejo cultural Aconcagua: una síntesis. 2º Taller de Arqueología de Chile central.

SELECCION
La cordillera de los Andes: Ruta de Encuentros

Foto 1
ESCULTURA LITICA, SUPLICANTE
(Colección particular)
Alamito 0 - 300 d.C.
Alto: 179 mm.



Foto 2

CUENCO INCISO CERAMICA

(Museo Chileno de Arte Precolombino 0595)

Aguada 500 - 1000 d.C.

Alto: 130 mm.

VASO CILINDRICO CERAMICA

(Museo Chileno de Arte Precolombino 0846)

Tebenquiche 1000 - 150 a.C.

Alto: 181 mm.



Foto 3
PIPA CERAMICA ANGULAR CON APOYOS,
CAMELIDO
(Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige S.J. 17105)
San Francisco 1500-400 a.C.
Alto: 76 mm.



Foto 4
MORTERO DE PIEDRA ZOOMORFO
(Museo de La Plata 1028)
Período Temprano 0 - 400 d.C.
Alto: 254 mm.



Foto 5

VASO CILINDRICO CERAMICA,
ANTROPOMORFO

(Museo Chileno de Arte Precolombino 2137)

Condorhuasi 200 a.C. - 600 d.C.

Alto: 198 mm.



Foto 6

BOTELLA CERAMICA, ZOOMORFA

(Museo Chileno de Arte Precolombino 1732)

Condorhuasi 200 a.C. - 600 d.C.

Alto: 320 mm.



Foto 7
ESCULTURA LITICA, SUPLICANTE
(Museo de La Plata 5920)
Alamito 0 - 300 d.C.
Alto: 300 mm.

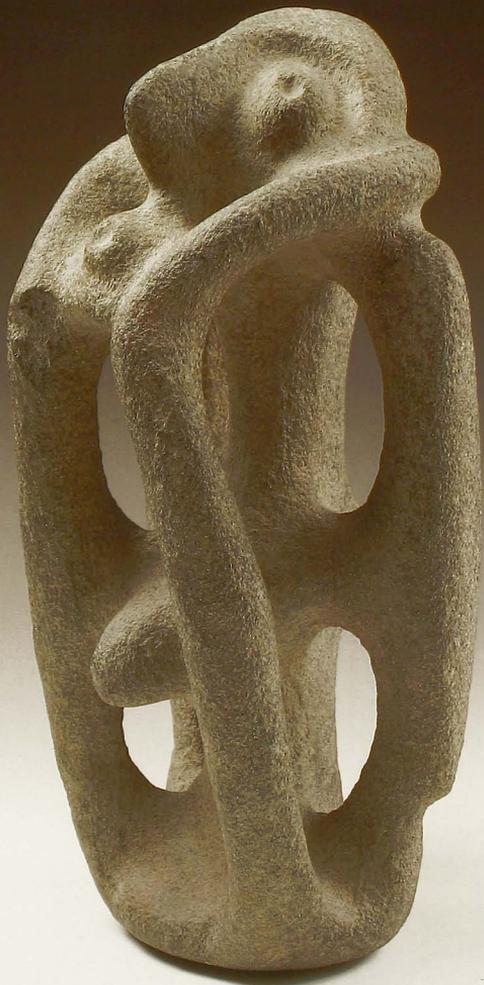


Foto 8

VASO CILINDRICO INCISO PIEDRA

(Museo Chileno de Arte Precolombino 1730)

Ciénaga 200 a.C. - 600 d.C.

Alto: 225 mm.



Foto 9
URNA CERAMICA
(Museo Chileno de Arte Precolombino 0001)
Belén 1050 - 1500 d.C.
Alto: 218 mm.



Foto 10

URNA CERAMICA

(Museo Chileno de Arte Precolombino 0655)

Diaguita 1320 - 1470 d.C.

Alto: 289 mm.



Foto 11
URNA CERAMICA
(Museo Regional de Atacama PB.R28.91)
Diaguita 1470 - 1530 d.C.
Alto: 410 mm.



Foto 12

BOTELLAS CERAMICAS

(Museo Chileno de Arte Precolombino 1919 y 1918)

El Molle 200 a.C. - 700 d.C.

Alto pieza mayor: 160 mm.



Foto 13
BOTELLA CERAMICA CON CUELLO MODELADO
(Museo Regional de Atacama. int. 04)
Período Medio 850 - 1100 d.C.
Alto: 102 mm.



Museo Chileno
de Arte Precolombino

Foto 14
MASCARA DE PIEDRA
(Museo Chileno de Arte Precolombino 1893)
Tafi 350 a.C. - 600 d.C.
Alto: 215 mm.



Foto 15
VASO CILINDRICO EXCISO PIEDRA
(Colección particular)
Ciénaga 200 - 600 d.C.
Alto: 251 mm.



Foto 16

KERO DE MADERA

(Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige S.J.0208)

Aguada, hallado en Quito-2,

San Pedro 500 - 1000 d.C.

Alto: 190 mm.



Foto 17

VASO CERAMICA

(Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige S.J. 0146)

Isla, hallado en Quito-6,

San Pedro 700 - 1000 d.C.

Alto: 128 mm.



Foto 18

JARRO CERAMICA

(Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige S.J.
17108)

Yavi, hallado en Conde Duque,
San Pedro 1100 - 1500 d.C.

Alto: 180 mm.



Foto 19
DISCO DE BRONCE
(Museo de La Plata 6997)
Santa María - Belén 1000-1500 d.C.
Diámetro: 300 mm.



Foto 20
VASO CERAMICA CON ASA PUENTE
(Museo Chileno de Arte Precolombino 2598)
Lolloo 90 a.C. - 750 d.C.
Alto: 107 mm.



Foto 21
VASO CERAMICA CON ASA PUENTE Y
DECORACION NEGATIVA
(Museo Chileno de Arte Precolombino 2490)
Pitrén 500 - 900 d.C.
Alto: 165 mm.



Foto 22
BOTELLA CON PINTURA DE HIERRO OLIGISTO
(Colección particular)
Llolleo, hallado en Peumo 0 - 700 d.C.?
Alto: 113 mm.



Foto 23
HACHA CEREMONIAL DE BRONCE
(Museo de La Plata 3313)
Santa María 1000 - 1500 d.C.
Alto: 315 mm.



Foto 24
ARIBALO
(Col. Manuel B. Encalada 3108)
Inka 1470 - 1535 d.C.
Alto: 260 mm.



Agradecemos la colaboración de:

Museo de La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Mr. Emile Deletaille,
Exposición "Tesoros del Nuevo Mundo",
Museo Arqueológico R.P. Gustavo Le Paige, Universidad Católica del Norte,
Museo Regional de Atacama,
Iván Cáceres,
Museo Etnográfico J.B. Ambrosetti, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires,
Carlos Alberto Cruz Claro

Arte Diseño y Producción
ENGRAMA
Santiago- Chile

Edición a cargo de
Francisco Mena Larrain

Traducción
María Teresa Contreras
Adriana Pineda

Fotografía
Fernando Maldonado

Impresión
TRINEO

Fruto de esfuerzo conjunto de ambas Instituciones se han editado los siguientes libros:

- Museo Chileno de Arte Precolombino (1982).
- Platería Araucana (1983).
- Tesoros de San Pedro de Atacama (1984).
- Arica , Diez Mil Años (1985).
- Diaguitas, Pueblos del Norte Verde (1986).
- Hombres del Sur (1987).
- Obras Maestras (1988).
- Arte Mayor de los Andes (1989).
- Artífices del Barro (1990).
- Los Orfebres Olvidados de América (1991).
- Colores de América (1992).
- Identidad y Prestigio en los Andes Gorros, Turbantes y Diademas (1993).
- La Cordillera de los Andes: Ruta de Encuentros (1994).



Museo Chileno
de Arte Precolombino



BANCO O'HIGGINS